

Año XXX.

Madrid, Jueves 29 de Diciembre de 1910.

Núm. 51



El que trajo las gallinas y los que se las comen.

SILENCIO ROTO

No me ocupaba hace tiempo de política republicana. Propuse dos ó tres veces que se reunieran los hombres que tuviesen quién los siguiera, para acordar la manera de unificar las fuerzas, prepararlas y utilizarlas revolucionariamente, y nadie me secundó. Y me dije: «Quizás sea yo el equivocado. Callaré.»

Y callando he seguido, viendo con amargura reaparecer y seguirse todo aquello que yo creía muerto, ó aletargado, por lo menos, hasta la implantación de la República: ratidos, programas, comités, amenizados con banquetes constantes, discursos aparatosos, amenazas incumplidas, derche de adjetivos encomiásticos, exaltaciones personales injustificadas; y, por de contado, anuncios diarios de la próxima implantación de la República, que hacían vacilar en los puertos de embarque á los desgraciados hijos del Pueblo que emigraban en busca de pan; en fin, todo lo que constituyó durante siete lustros el repertorio de nuestros entusiasmos sin base y nuestras esperanzas fallidas, aumentado y exacerbado al acercarse una elección cualquiera.

Cuando á la caída de Maura, y con el principal propósito de impedir su vuelta, se formó la Conjunción republicano-socialista, creí por un momento que el recuerdo del peligro reciente y las enseñanzas del pasado, nos separarían del camino de perdición hasta ahora seguido; mas ¡ay! que esta halagadora creencia se desvaneció al acercarse las elecciones de diputados á Cortes. Eramos los de siempre, con las mismas ambiciones, igual ansa de predominio é idéntica falta de abnegación.

Y luego... ¡las jefatufas!... Más que en la antigüedad dioses, surgían jefes entre nosotros. Y después, ¡dos ó tres izquierdas!... ¡Y otras tantas derechas!... Y todos y todas disputándose el favor del Pueblo, ese que acude siempre donde se le llama en nombre de la República, dispuesto á realizar toda clase de sacrificios.

Y así quedó fijada la situación desde entonces, y así continúa, aun cuando digan lo contrario en público los que lo confiesan y lo lamentan en privado.

¿Que estas ambiciones en lucha y estos pareceres divergentes, antes representan fuerza y vida, que falta de unidad y orientación? Así sería, si se hubieran desarrollado en dos, en tres, en seis años... Pero persistiendo desde hace treinta y siete, la afirmación resulta, ó creída ó irónica.

¿Que pensando de este modo, yo no he debido callar? Ciertamente es; no me disculpo, y me reconozco incurso en la pena que merezca mi silencio. Todo hombre político está obligado á emitir su opinión, favorable ó adversa, en toda ocasión y en todo momento, y yo más que nadie, por haber sido esa mi especialidad. Mas, lo confieso; me asus-

taba la idea de errar en mis juicios, y tampoco quería exponerme á cargar con el remordimiento de haber deshecho un organismo tan fuerte, tan compacto, tan poderoso como la Conjunción, llamada, según se repetía á cada paso, á implantar en breve plazo la República.

Además, no quería poner á algunos de mis correligionarios y amigos en el trance doloroso de *negarme otra vez*, estando conformes conmigo, como ocurrió á aquel día, vergonzoso para ellos, en que se me arrojó en la calle de los Abades de la Unión iniciada y defendida por mí.

Pero hoy que la Conjunción republicano-socialista está deshecha sin haber yo contribuido á este resultado, no por previsto menos lamentable, hoy me decido á romper el silencio tan fielmente guardado, y me propongo hablarle al partido republicano con la claridad, desinterés y lealtad de siempre, aun cuando vuelva á verme mal juzgado, injuriado y abandonado.

Habríese preferido que otros se me adelantasen en este camino; que no es agradable, sobre todo á mis años, meterse en empeños donde forzosamente se cosechan disgustos y malquerencias; mas como nadie dispara, aunque algunos apuntan ya, allá voy yo; yo, que nunca derribé nada, pese á la fama que me han dado, porque sólo habé cuando el edificio republicano estaba cuarteado, tambaleándose, ó en tierra ya; y habé con este solo propósito: el de ver si podía construirse otro más sólido, utilizando los soberbios materiales derribados.

¿Entro ahora en campaña con el brío y las esperanzas que otras veces? Mentiría si lo afirmase. Lo que sí aseguro es que la mantendré mientras pueda, y que quisiera interrumpirla muy pronto, porque el sentido de la realidad del que hemos carecido casi siempre, nos inspire y se nos impusiera.

Y dicho esto á guisa de preámbulo, comienzo.

El hombre-conciencia

Desde los tiempos en que florecieron los céebres gatos que daban de comerse el asador por escrúpulos de conciencia, no se había visto esta respetable señora tan bien servida como hace unas tardes lo fué en el Congreso por el señor Azcárate. Recozcámoslo, aun cuando nos falten condiciones para imitarle.

Fué un momento solemne aquel en que, con su seriedad característica, levantó de su escano para declarar que no le habían convencido los argumentos empleados por Lerroux en defensa del ayuntamiento radical de Barcelona. Excepto los conservadores, los solidarios y los clericales, que aplaudieron frenéticamente, todos cuantos le oyeron quedaron estupefactos. No acertaban á darse cuenta de aquel acto que deificaba á un hombre, enaltecía á un pue-

bio y glorificaba una época. Y es que el foco luminoso que destela una conciencia pura, produce igual efecto que el del sol; ciega al que lo mira de frente.

Esto explica la divinidad de los juicios que sobre ese acto se han emitido y se emiten.

Unos lo califican de indignidad; otros de traición; éstos dicen que lo realizó por satisfacer su odio secular hacia los revolucionarios; aquellos que por deshacer la Conjunción republicano-socialista; hay quien sostiene que fué una villanía juzgar sin pruebas, y quien asegura que obró confabulado con los reaccionarios de todas layas para facilitar la vuelta de Maura al poder; no falta quien lo califique de canallada; algunos emplean la palabra infamia; y muchos piden que el partido republicano lo arroje ignominiosamente de su seno; que á extremos tales llega el apasionamiento de los que nunca lograron elevar su espíritu á las alturas en que se cierne el del Sr. Azcárate.

Y ya roto el freno á la prudencia, unos le echan en cara su perpetuo silencio ante las inmoralidades, no supuestas, sino probadas de los monárquicos; otros que, como los jesuitas se parapetan en sus templos para asesinar al pueblo, él hace baluarte de su conciencia para disparar contra los republicanos; conciencia que á la vez le sirve de fregona para limpiar las manchas que las impurezas de la realidad echan á veces sobre los hombres políticos. En fin, cada cual juzga con a reglo á la idea que tiene del decoro, la dignidad y la honradez.

Yo, al oír ó al leer todas esas opiniones, diversas, aunque no contradictorias, pienso en la tranquilidad desdeñosa con que las oír ó leerá el Sr. Azcárate, y en la razón que tendría, si exclamase entre indignado y despreciativo:

«¡Inbéciles! ¿Cuándo os dí yo pretexto para suponer que fuese jamás republicano convencido, ni para creer que me habéis interesado nunca más que los monárquicos? ¿Acaso es éste el primer golpe que os doy, la primera puñalada tripera que os asesto? Poco sensible tenéis entonces el cutis y flaca es vuestra memoria.

Además ¿qué favores os debo yo? Si he sido citado tantas veces ¿quién sino el gobierno me ha ayudado con su benevolencia? Si presido el Instituto de Reformas Sociales ¿quién me ha extendido el nombramiento? Y á mis parientes y mis amigos, ¿sois por ventura vosotros quienes los habéis colocado?

Fuera de algunos actos puramente oficiales ¿queéis decirme si conviví con vosotros siquiera? En el convento-colegio de Santa Rita, en las diferentes Juntas y Comisiones á que pertenezco, son los conservadores, son los clericales mis compañeros; con ellos reparto, con ellos acuerdo, con ellos determino...

Si á pesar de todo lo dicho, y de haberme opuesto constantemente á toda tentativa revolucionaria, os empeñáis en calificarme de sabio, de ilustre, de egre-

gio, y de colocarme en puestos preeminentes, como hace poco en la dirección de la minoría republicana, ¿qué culpa tengo yo de vuestras torpezas ni de vuestros rebajamientos?"

Y si hablara de este modo el Sr. Azcárate y yo le oyese, no solamente no me atrevería á hacerle objeción alguna, sino que le diría, aun cuando mis correligionarios me tachasen de adulador:

"Tiene usted razón sobrada. ¡Somos unos imbéciles!"

Y si me concediese la honra inmerecida de consultarme acerca de su retirada del partido republicano, le contestaría sin vacilar:

"¡No, no! De ningún modo. Fuera del partido no podía usted seguir prestando servicios á la monarquía, y un hombre de conciencia tan exquisita como usted, debe cumplir hasta la muerte sus compromisos."

Y seguramente asentiría á mi opinión.

JOSÉ NAKENS

Centenario de Servet

AL PUEBLO LIBERAL ESPAÑOL

El Motín, uno de los heraldos del ideal liberal en España, se cree en el deber de cooperar á la celebración del quinto centenario del nacimiento de Miguel Servet, primero que el mundo celebrará con solemnidad.

Y al cumplir este deber, debo hacer constar previamente que la fobia que siento por esta suerte de centenarios, que en vez de servir para ensalzar al héroe, suelen servir de pedestal á los que usurpan el carácter de sacerdotes del santo, me obliga á prevenir en esta iniciativa la repetición de aquellos consuetudinarios abusos.

No vamos á una juerga popular, sino á pagar una deuda de justicia que la España negra ha dejado por solventar á la España liberal.

Esta deuda tiene una significación particular y oportunísima en nuestros tiempos.

Miguel Servet fué víctima de todos los fanatismos y encarnación de todas las libertades.

Difícilmente se hallará en la Historia un tipo que represente mejor en su integralidad la conciencia liberal.

Fué víctima del fanatismo académico, monopolizador del criterio científico. La figura de Servet en este punto es el fantasma acusador de la ignorancia de las Universidades oficiales y de los sabios de real orden; en fin, de ese clero de la ciencia que en España está siendo, salvo honrosas excepciones, la gran rémora nacional. Todas las víctimas de ese clero académico, *mercader del Templo de las Letras, Artes y Ciencias*, se verán personificadas en el genio rebelde del aragonés navarro (como él se llamaba) que en París levantó osada bandera contra los fatuos catedráticos de la

Sorbona, que se arrastraron á modo de reptiles ante el Parlamento para recabar la condenación y muerte de Servet por haber atacado el *dogma científico* y el honor de aquellos canónigos togados.

Fué víctima del fanatismo católico, que le condenó á morir en la hoguera y le quemó en efígie y disputó á los ginebrinos el honor de matarlo y de robarle.

Fué víctima del fanatismo protestante, que le traicionó, calumnió, secuestró, robó, sentenció y mató, siendo acusador cruel, envidioso é hipócrita el taimado Calvino, aplaudido por el borracho Lutero y apoyado por todas las iglesias protestantes.

Fué víctima del fanatismo político de Ginebra, donde fué atropellado por las autoridades; del de Francia, de donde tuvo que huir á Suiza; del de Alemania, de donde tuvo que huir á Francia; y del de España, de donde tuvo que huir á Alemania.

Fué víctima del fanatismo palaciego y cortesano, que le hizo imposible la vida de la corte imperial en que figuraba, viéndose lanzado á la vida bohemia; desposeído de familia, cuyo apellido hubo de renunciar; desposeído de patria y de nacionalidad, que sólo le sirvieron para su desgracia; desposeído de su carrera magistral, que tuvo que abandonar en plena celebridad.

Fué víctima en su derecho patrio, atropellado en el extranjero; en su derecho de propiedad, siendo robado miserablemente y viéndose despojado; en su honor profesional, viéndose expulsado del cuerpo universitario; en todos sus derechos humanos, siendo cazado á traición con lazos puestos á su espíritu bienhechor, siendo vendido por un falso amigo; privado de defensa en los juicios, y, finalmente, asesinado por una manada de inconscientes bajo la dirección del jesuita Favel y del Torquemada protestante.

Es hora de que España salga á reivindicar la fama de este hijo suyo, en busca de las minas de moralidad sepultadas en el Gurugú del siglo xvi.

Es hora de que los académicos españoles pateticen ser dignos hoy de ir del brazo de la Facultad de Medicina de París, que ha colocado el retrato de su víctima en el olímpo de las lumbres médicas de la historia, como los anteriores demostraron ser dignos de los bárbaros y todos catedráticos que intentaron asesinarle legalmente, como cumple á asesinos togados y á doctores en el arte de calumniar y exterminar.

Es hora de que los intelectuales todos se levanten á protestar unánimes y proclamen su solidaridad con este promártir genuino de la independencia intelectual.

Es hora de que los anticlericales levanten frente á las simiescas figuras de Loyola, Arbués y Peñafort, la estatua del sublime Servet, del inmaculado Ser-

vet, del benéfico Servet, modelo de todas las virtudes humanas.

Para esta solemnidad, las entidades liberales interesadas sabrán por su parte acordar las iniciativas de su incumbencia, que no debo invadir. A la prensa tócale dar publicidad á la historia de Servet; levantar del montón de infamias en que fué sepultado su glorioso nombre; arrojar á la cara de sus asesinos sus infamias; *nacionalizar* á nuestro compatriota repatriando su vida póstuma, introduciéndolo en la conciencia de los españoles, y convertirlo en hijo adoptivo de todas las familias liberales, y en amigo doméstico y familiar de todos los hogares.

No esperemos que vengan los clericales católicos y protestantes á glorificar esta víctima suya, para, con este acto de inútil é intempestiva justicia á favor de un muerto, poder continuar infamando y matando á los vivos, como ocurre con Juana de Arco.

Servet ha de ser el fantasma del otro mundo que viene á perseguir á los inquisidores de todas layas con el continuo grito de: *¡asesinos!*

Ensalcemos la víctima; resucitemos ese *muerto*, para que con su presencia en la vida pública, diga al sacerdote y al pastor que salen de sus capillas:

—¡Farsantes del cristianismo: tenéis alma de asesinos!

Para que diga á los del monopolio científico:

—¡Farsantes de la ciencia: sois el apéndice de la fatuidad!

Para que diga á los políticos concordados:

—¡Farsantes de la política: sois los rabanones que con los pastores religiosos desolláis á los ciudadanos!

Para que diga al pueblo español:

—¡Compara los santos del librepensamiento, honrados, puros y benéficos, con los santos inquisitoriales, malhechores, impúdicos, hipócritas y villanos!

Caiga la sangre de Servet sobre sus asesinos y sobre los hijos de los asesinos.

MISERIAS

Días pasados bautizaron á un soldado del regimiento de León en un convento situado en la calle de Lista. Al acto concurrieron muchas familias de la *aristocracia* madrileña y lo presidieron los infantes María Teresa y Fernando. El soldado fué acompañado de su hermana, la cual también tuvo el *honor* de ser bautizada.

La mesa estuvo espléndidamente servida por jóvenes colegiales del convento; los vinos, licores y dulces se derrocharon en gran cantidad; los asistentes pasaron por delante del soldado y le estrecharon la mano.

Al mismo tiempo ocurría otro acto distinto en el lugar llamado «Las ruinas de la Tinaja», donde se almacenan los mendigos de esta corte. Uno llamado Robustiano agonizaba en un lecho compuesto de una masa de barro sucio. Los compañeros, que le observaban con espanto, vieron que hendía la cara en el lodo y escarvaba como si quisiera sepultarse, y por último se quedó mirando á las nubes con sus grandes ojos vistos. Había muerto. ¡Y de hambre!

Las sobras de la comida con que fué obsequiado el soldado del regimiento de León, habrían salvado al mendigo aquel.

Al uno lo festejaron porque se bautizaba.

El otro moría de hambre, á pesar de haber sido bautizado desde niño.

MANUEL GÓNGORA ECHENIQUE

En el hospital
á mano erecha
hay una hermanuca de toca y bibe o
que á Dios atormenta.

SEVILLANAS

Con motivo de la muerte acaecida en ésta ciudad de un tal P. Tarín, miembro de la Compañía de Jesús, el órgano de esa Compañía, el periodicucho *Correo de Andalucía*, defecó en sus columnas las siguientes paparruchas acerca del muerto:

«No se trataba del entierro de un magnate, de un potentado ni de un poderoso de la tierra, y, sin embargo, poderosos, potentados y magnates tomaron parte en él.»

Los mismos poderosos, magnates y potentados que no aportaron un solo céntimo á la suscripción iniciada en ésta capital el pasado año para obsequiar por Pascua á los soldados que difícilmente salvaron el pellejo en África, y en cambio dieron millón y medio de pesetas para regalar una corona á la virgen de no sé qué título.

Signe el *Correo*:

«Para unos había muerto el padre, para otros el hermano, el amigo, y para todos el Santo.»

Por mí que lo canonicen desde ahora; aunque me temo que si á la Corte Celestial no se le ha olvidado aquello de *primero entrará un camello por el ojo de una aguja que un rico en el cielo*, le van á dar al P. Tarín con toda la Ley de Enjuiciamiento Celestial en la nariz cuando se enteren, que el *pobrecillo*, después de pasarse una vida de príncipe en este pícaro mundo, ha muerto en su residencia (una mala casucha enclavada en una de las mejores vías de Sevilla y cuya construcción ha costado más de 80.000 duros;) y por contera el *pobrete*, al morir, no tenía más capital que tristes dos millones de pesetas.

Continúa el escribidor del *Correo*:

«Por eso la gente, tocaba rosarios y medallas al cadáver, se arrodillaba ante él, y besando aquellas manos heladas por la muerte, recordaba los días en que de ellas recibió socorros y bendiciones.»

Lo que se le ocurre á éstos carcas, ni al mismísimo demonio.

Yo he oído tocar á un luis el cornetín (lo tocan á maravilla), á una beata el contrabajo y á un carcunda el violón; pero en mi vida he visto á un clerical, por mucha afaifa que haya devorado, tocar el rosario ó la medalla. ¡Que armonía más agradable resultara del toque de esos dos instrumentos!

En fin; ahora siento no haber asistido al entierro de ese santo varón, á mí que tanto me agrada la música; aunque bien mirado, de haber asistido, es muy posible que me hubiera dado por estropear á un murguista.

Respecto á los socorros y bendiciones que el P. Tarín repartiera en vida, apue to desde ahora y para siempre un berriendo cornigacho, mogón del derecho de la acreditada ganadería de calle Rivero, contra media docena de melones *pá colgar* del puesto de la calle García Vinuesa, á que el P. Tarín repartió muchas más de las últimas que de los primeros (si repartió alguno), pues obrando al revés no hubiera dejado á sus herederos ese tercer premio de la lotería de navidad, ó sean los dos millonetes de lindas *pelañas* de que hablé anteriormente.

E. GIMÉNEZ DE MONROY

Sevilla 13 de Diciembre 1910



Odio que ciega

El letrado y el procurador que en nombre de los conservadores de Barcelona ejercen la acción pública en el sumario por asesinato frustrado contra el Sr. Maura, han presentado un escrito al Juzgado instructor pidiendo el procesamiento de D. Pablo Iglesias, D. Alejandro Lerroux y D. Emiliano Iglesias, y que á dicho efecto se eleve el oportuno suplicatorio al Congreso.

Fúndase la petición en cuanto al diputado por Madrid, en las excitaciones por él hechas al atentado personal contra el Sr. Maura, no sólo en el Congreso, sino también fuera de él, circunstancia esta última que impide la aplicación del art. 46 de la Constitución, relativo á la inviolabilidad parlamentaria, al caso de autos.

La petición de procesamiento en cuanto á Emiliano Iglesias y Lerroux se apoya en escritos de los mismos que se consideran excitación al atentado.

El odio ciega tanto á los conservado-

res, que apelan ya á todo para satisfacerlo, dando así claros indicios de lo que harían si volviesen al poder. No repararían en medios para desembarazarse de las personas que les estorbaran.

Y es que se han inoculado tal cantidad de virus clerical, que ya no constituyen un partido político, sino un conglomerado de hombres dispuestos á hundir y deshonorar á España en beneficio de la Iglesia católica.

Por esto se explica que se les combata hallándose fuera del gobierno, con más empeño que cuando lo ocupaban. Se teme que en el porvenir sean más inmorales y crueles que en el pasado.

Múaron los tiempos,
me he múao yo;
se ha múao un cura de frente á mi casa
y marchó el reló,

JESÚS EN LA CÁRCEL

Está visto que el hijo del Eterno está predestinado á ser siempre víctima y á ser perseguido por los hombres. Otra vez se ha dignado bajar á la tierra, y ahora no le han crucificado como en Jerusalén, pero le han metido en la cárcel. Los reos de este delito, que manchó para siempre la buena fama de Pilatos, han sido los jueces de Hagen, en Alemania.

En esta nueva visita al mundo, Jesús adoptó la forma de un vendedor ambulante, sucio, andrajoso, y se dignó revelar el misterio que le envolvía á una viuda devota, cariñosa y crédula.

—Hija mía, aunque me ves en tal guisa soy Cristo, el divino Jesús, que vuelvo á la tierra á invitar á los hombres á la penitencia, porque el fin del mundo está cercano. Mira en mis manos y pies las cicatrices que dejaron los clavos. ¿Crees en mí?...

La pobre mujer miró los pies descalzos y las manos del que le hablaba, y en efecto, vió en ellos huellas de heridas. Cayó á sus pies de rodillas, se los besó con ternura, y llorando, exclamó:

—Creo, Señor, que tú eres Cristo, el Hijo de Dios vivo. ¡Sálvame en el día terrible del juicio!

—Oh, mujer! Grande es tu fe, y no hallé tanta en Israel; se acerca el juicio final; pero yo te haré salva, y ante los ángeles y los hombres te desposaré aquel día para que reines conmigo eternamente en los cielos.

Este diálogo tenía lugar en una polvorienta carretera alemana. La viuda condujo á Jesús con toda reverencia á su morada: lavó sus pies, los ungüó con bálsamos o orosos y los secó con sus cabellos, como la Magdalena.

Jesús, entre tanto, devoraba un trozo de carne asada y se bebía un enorme jarro de cerveza.

Desde aquel día el Redentor tuvo casa y hogar, blanco lecho y comida caliente en casa de la viuda, que, como María, Magdalena, Marta y las piadosas mujeres de Jerusalén, le regalaba, veneraba y escuchaba en éxtasis las palabras que fluían de su boca. La viuda tenía cuatro hijos pequeños, y los colocaba en torno de Jesús para que escuchasen reverentes sus santas máximas.

—«Yo soy el pan de la vida»—decía éste ante los pequeñuelos estupefactos, mientras se engullía los tiernos panecillos recién sacados del horno.

—«Bienaventurados vosotros, porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber.»

Y al oír esto la fervorosa viuda, corría al tonei de la cerveza á llenar un nuevo jarro.

De este modo iban pasando los días; Jesús anunciando la catástrofe final, la viuda preparándose para el ansiado desposorio divino, y los pequeños dándose cuenta de que los huevos, la manteca y el jamón ahumado disminuían cada vez más en la casa, y que mil marcos que la futura esposa de Jesús guardaba en un armario habían pasado á los bolsillos del Mesías.

—¿Cómo Jesús—preguntaban los niños á su madre—siendo dueño de cielos y tierra tiene tanta necesidad de lo poco que nosotros tenemos?

—Porque siempre amó y ama la pobreza.

—Sí, pero nos hace pobres á nosotros, y esto no está bien.

Y tan mal les pareció esta conducta, que se lo contaron á los jueces de Hagen, y éstos echaron mano sobre Cristo, y lo metieron en la cárcel.

—«No tendríais potestad sobre mí, si no os hubiera sido dada desde arriba.»

Y los jueces alemanes, como los malos sacerdotes de Judea, le respondieron:

—Si eres hijo de Dios, sálvate del calabozo.

Pero no ha sido así, y allí sigue todavía. La viuda está inconsolable y llora á raudales el cautiverio de Jesús; éste persiste en su divino papel, y los avispados alemanitos ven con regocijo que vuelven á saborear la leche y la manteca que antes engullía sólo Jesús, lo sin dirigir á su madre duras reprimendas por su absurda credulidad.

—¿Cómo esta mujer pudo creer tal cosa?

—Muy fácilmente: como la creyeron las otras mujeres á quien tanto alaba por su fe el Evangelio. Ellos veían un hombre errante, rodeado de discípulos astrosos, viviendo de limosnas, sin casa ni hogar, anunciando también el fin del mundo, mientras Judas administraba las colectas. El Jesús de Galilea no presentó más serias garantías ni poderes que el Jesús alemán de Hagen, lo cual no fué obstáculo para que las santas mujeres y los apóstoles, unas esperando divinos desposorios, y los otros, hartos de su vida ruin de pescadores hambrientos, en expectativa de doce tronos sobre las doce tribus de Israel, le siguieran á todas partes y encomiaran sus actos y palabras.

Marta y María desmembraban la casa de Lázaro para atender á Jesús, empobreciendo á su hermano, como la viuda de Hagen empobrecía á sus hijos para regalar á Jesús.

¿Han hecho bien aquellos despiertos chicuelos en denunciar á Jesús? Seguramente no habrían osado tal cosa si su madre hubiera entregado sus donativos y ofrendas á un Cristo de mármol, madera ó cobre; y más seguramente no habrían hallado un juez que hubiera admitido sus quejas. Pero se trata de un Cristo de carne y hueso cuyas flácidas mejillas se rellenan á medida que la moral fluye de su boca, y el con-

traste era demasiado vivo y tangible.

De todos modos nos queda la duda punzante de que el buhonero encerrado en la cárcel de Hagen, sea Jesús ó no. Como la primera vez que apareció en Judea, anuncia el fin del mundo próximo é inmediato; han pasado veinte siglos, y el mundo sigue en pie, pero la humanidad sigue creyendo en él.

No creo que pecáramos de exigentes pidiendo veinte siglos más de plazo para ver si se cumplen los vaticinios del nuevo Jesús encerrado en el calabozo de una cárcel alemana.

FRAY GERUNDIO



Los versos que, según me dicen, despertaron la indignación del periódico clerical de Calahorra, fueron los siguientes, publicados en *España Nueva*:

Jesús y el Papa

Cristo huyo terrenal soberanía;
el Papa ejerce horrenda tiranía.

Tuvo Jesús corona, y fué de espinas;
el Papa tiene tres de piedras finas.

Cristo lavó los pies á pescadores;
al Papa se los besan los señores.

Jesús, humilde y pobre se condujo;
el Papa ostenta un insolente lujo.

Hermano fué Jesús del pordiosero;
quiere el Papa ser rey del mundo entero.

Cristo llevó una cruz. El Papa, en tanto,
se hace llevar en andas, como un santo.

Mérito hizo Jesús de la pobreza;
el mérito del Papa es la riqueza.

A los que echó del templo á latigazos,
el Papa los recibe entre sus brazos.

Cristo, amor y paz trajo á la tierra;
el Papa tajo, en cambio, odios y guerra.

Las leyes que Jesús ha establecido,
el Pontífice, al fin, las ha abolido.

De lo cual se deduce, por lo visto,
que el Papa ha sido y es el «Antecristo».

Me alegro que la indignación del papel clerical me haya obligado á leer esos versos.

Y reproducirlos, porque son buenos.

Desde Mora de Ebro

Se ha verificado en esta villa el sepelio civil del librepensador D. José Guarch, con asistencia de numerosas representaciones de los pueblos de García, Mora la Nueva, Ginestar, Gandesa y otros.

El acto revistió solemnidad extraordinaria, merced á los esfuerzos de la Juventud Republicana.

Comenzó el acto á las diez de la mañana, abriendo la marcha la bandera del Centro republicano de Gandesa, siguiendo en dos hileras las sociedades librepensadoras de los pueblos citados, con sus respectivas banderas, y á continuación el feretro lleno de flores.

Durante el trayecto, la banda de música ocoó varia las marchas fúnebres. El cortejo lo presidía la familia del finado, y los correligionarios D. Juan Griso, D. Antonio Nebot, D. José María Chies y D. José Alguero, seguidos de unos ochocientos individuos.

Al pasar el féretro frente á la Iglesia, el cura cerró las puertas violentamente, para que no se desparramaran las escasas ovejas que asistían á la misa mayor que estaba celebrando. En el cementerio, y antes de dar sepultura al cadáver, fueron pronunciadas varias frases apologeticas del acto.

D. Juan Griso, maestro laico de Reus, argumentó contra la Iglesia, demostrando la transformación que sufre el cuerpo humano.

Los asistentes salieron decididos á repetir estos actos civiles, propios de los pueblos cultos y civilizados.

En el momento de dar sepultura al cadáver, se tocó la Marsellesa.

Y en todo reinó el mayor fervor y gran recogimiento, cual corresponde á un pueblo que desea redimirse del yugo teocrático.

EL CORRESPONSAL

A varios reclusos del Penal de Burgos

¿Que se os ha procesado por revolucionarios? Seguramente que el auto de procesamiento no estará basado en eso.

¿Que habéis reclamado tumultuosamente los gramos de tocino que por derecho os corresponden? ¡Ay de aquel que hubiera hecho la reclamación individualmente! La *ronda negra* se habría encargado de él y seguramente no le quedaría ganas de repetir.

Después de todo, más vale estar procesado que haciendo compañía á Pedro del Castillo. Al vivo siempre le queda alguna esperanza de que se le haga justicia, ¡pero al muerto!...

¿Que el contratista de víveres hacía incisiones en el tocino para introducir la sal y que diera el peso reglamentario? Eso está á la orden del día en nuestras cárceles y presidios.

¿Que los *cabos de vara* os cobraban, á ciencia y paciencia de los Jefes del Penal, el *veinticinco por ciento semanal* de las cinco pesetas que os entregaban el día de la cobra?

¿Y cómo os hubieran ellos podido robar en el rancho y en el Economato, si no consentían á los *cabos de ronda* que os robaran el cincuenta por ciento de lo que ganábais trabajando en los talleres? La fuerza moral de los directores de presidio está en los *cabos de vara*.

Vosotros pretendíais que se os hiciera justicia, y la justicia ha sido hecha... aunque á la inversa.

Pero ¿es que llegasteis á suponer que serían procesados los autores de la muerte del recluso Pedro del Castillo? ¿Ignorais que para procesar á esos señores tendrían que empapelar á los que figuran á la cabeza de la empleonomanía del Cuerpo especial de Prisiones, y que ese proceso sería el del régimen penitenciario?

Vamos á entrar en el terreno de lo hipotético.

Suponed que el Inspector general del Cuerpo de Prisiones, Sr. Cadalso, cumpliendo órdenes de la Dirección, se presenta en el Penal de Burgos á girar una visita, y dice al director:

—Por la prensa nos hemos enterado que la ronda maltrató á un recluso, y que de resultas de la paliza, falleció; y como usted comprenderá, nos hemos visto en la necesidad de formar expediente.

—Lo del expediente no me parece mal, siempre que sea para cubrir el expediente, y se me dé palabra de honor de que del expediente no resultará nada.

—De eso ya no puedo responder yo. Me han encargado que haga luz en el asunto, y se hará.

—¿Señor Inspector general! Recuerde usted que lo que ha ocurrido en este Penal, se parece á lo que ocurrió en la Cárcel Modelo siendo usted director de ella... Y si se me forma expediente, y resulta algo contra mí, estoy dispuesto... —Usted comprenderá que este es un caso gravísimo, y...

—También lo era el de la Cárcel de Madrid, y...

—Ben, bien; ya veremos si puede arreglarse lo de la muerte del recluso Pedro del Castillo; pero lo del vino, el aguardiente, las barajas...

—Señor Inspector general; que en la Cárcel Modelo también había barajas, vino...

—Eso del vino es una impostura.

—¿Una impostura? Voy á probarle á usted que no. Era un día de no recuerdo qué mes ni qué año; la Cárcel Modelo no era cárcel en la verdadera acepción de la palabra; era sencillamente una sucursal de la Viña P. La embriaguez se encontraba á la orden del día; los reclusos podían emborracharse impunemente, sin temor á que el tabernero les impusiera un castigo; las agresiones de recluso á recluso se sucedían sin interrupción; aquí se encontraban cuatro borrachos; más allá, las emanaciones del alcohol viciaban la atmósfera, y sin embargo de tanta alegría las celdas de castigo se encontraban llenas de descamisados, cuyo verdadero delito consistía en no tener... ¡Deber! ¡Justicia! ¡Moralidad! ¡Bah!... No quiero exagerar la nota; pero se podría afirmar que por aquel entonces se embriagaban en la Cárcel Modelo todos: los de arriba, con los puñados de pesetas que salían diariamente por el Centro de vigilancia;

los del medio, con las botellas de vino que pagaban los de abajo; y los de abajo, sacrificando á sus familias. ¡Vengan pintores! ¿Qué le ha parecido el cuadro al Sr. Inspector general?

—Que para defenderse usted me acusa mí...

—Eso es lo que haré si resulta algo del expediente.

—Según usted, estoy incapacitado moralmente para juzgarle á usted.

—Si, señor.

..

Suponed que se presenta otro Inspector á girar una visita de inspección y dice á los Jefes del Penal:

Nos hemos enterado que el contratista de víveres suministra en vez de tocino, sal; y, sintiéndolo mucho, tengo que formar expediente para aclarar lo que haya de verdad en el hecho denunciado.

—Ya me van cargando las visitas de Inspección; y á usted quien... le presenta? Pongan ustedes todo el interés en que del expediente nada resulte porque de lo contrario tiro de la manta y probaré que esto del tocino y la sal es un mal crónico en estas casas.

—Pero si los cocineros declaran que es cierto el escamoteo del tocino ¿qué hacemos? ¿Cómo quiere usted que volvamos á Madrid sin formar el expediente?

—Hagan lo que crean mejor, pero que no resulte ningún cargo concreto contra mí, porque... Voy á contarles á ustedes una anécdota. Era una mañana del mes de Septiembre del año 1900, y el director de la Cárcel Modelo de Madrid giraba una visita de inspección al departamento de sótanos; su visita dió por resultado el hallazgo de un talego que contenía treinta y tantos kilos de tocino, de aquel tocino que tanta falta hacía en el «bombo» donde se cocían unos cuantos garbanzos que pedían á voz en grito: ¡¡grasa! ¡¡grasa! por avergonzarse de verse sin más compañía que la del agua... ¿Pretenden ustedes continuar la inspección que les han ordenado? ¿Sí? Pues mucho ojo con las salpicaduras.

—Por las manifestaciones que usted acaba de hacer, aspira á que se le dé la exclusiva...

—¡Quiá!, no, señores, no. Lo que deseo es que no me molesten con tantas visitas de Inspección, y me permitan continuar disfrutando de la herencia que me legaron mis mayores.

ANSELMO SANTA CATALINA



En el pueblo de Alcahucín, distrito de Vélez Málaga, el monterilla ordenó á los vecinos que no sirvieran comida alguna á unos republicanos que iban á ir de propaganda.

Llegaron, y efectivamente, nadie se

atrevió á servirles nada. Sólo un vecino, compadecido, se atrevió á ofrecerles unos huevos fritos.

Súpolo el alcalde, é inmediatamente mandó que suspendieran los huevos á los republicanos.

Hay alcaldes muy brutos.

Er reló é la Audensia

acaba é dá;

como sepa un cura que el reló dá algo lo va á visitá.

CURA PRESO

Por exhorto del Juzgado de Alcañiz fué detenido por la Guardia civil en Zaragoza un cura adscrito á aquella parroquia, en las primeras horas de la noche del 21. Como fué en el paseo de Torreros, se formaron varios grupos que lo siguieron hasta el Gobierno civil.

Parece ser que el Juzgado lo mandó detener, por haber violado á una Hija de María, según denuncia de su familia.

Tales circunstancias pueden haber concurrido en la violación, que ese cura merezca realmente una condena.

Por lo demás, es corriente eso de que entre las hijas de María y los curas se establezcan corrientes de simpatía.

El trato enjendra cariño, y el amor místico suele ser precursor del otro.

San Vicente del Raspeig

El cura de este pueblo y los siete u ocho individuos que le siguen, han logrado con su torpe conducta que hasta las Hijas de María se separen de ellos y se unan á una fiesta republicana. El hecho es el siguiente:

Aquí tenemos, como en casi todas las poblaciones de España, una banda de música, separada en absoluto de la política, aunque la inmensa mayoría de los músicos sean partidarios de las ideas progresivas.

El año pasado se celebró una fiesta en honor á los alumnos de la escuela laica, y la banda amenizó el acto, con beneplácito de todos los músicos.

A los pocos meses debía celebrarse la procesión de una virgen, y el cura les advirtió que no quedaban más que 20 pesetas para la música, y que, por lo tanto, debían amenizar la manifestación religiosa. Los músicos se negaron á asistir á la procesión, motivando esta negativa la dimisión del cura del cargo de depositario, y la del presidente, un vocal y algún otro señor que vió con disgusto la decisión de la banda.

Y ahora se ha presenciado un caso originalísimo, á consecuencia de lo de entonces.

El cura, á pesar de lo ocurrido, contrató á la banda para que tocara en la procesión del día 8; pero no contaba con que sus amigos habían ido al mismo tiempo á otra parte á contratar otra.

¡Y aquí fué troya! Las Hijas de María se enteraron de lo sucedido, y recurrieron al párroco, reclamándole el dinero

que le habían entregado anticipadamente, ya que la banda del pueblo no tomaba parte en la fiesta, pues ellas, si habían contribuido, era por proporcionarle algún ingreso.

El cura con esto que era ya tarde para devolverle el dinero, toda vez que estaba formado el presupuesto para la fiesta. Y en vista de esta negativa, las Hijas de María acordaron unirse á los republicanos y celebrar una jira campestre.

La jira se celebró, á pesar de lo desahuciable del tiempo, asistiendo unas mil personas; y mientras al son de la Marsellesa y del Himno de Riego, tocada por la banda del pueblo, que tanto queremos, se cantaba y se bailaba alegremente en el campo, en el pueblo se quedaron unos pocos individuos, y la procesión resultó un fracaso de los más grandes que pueden contarse.

Ahora dice el cura: «¿Qué burro soy, Dios mío! ¡Hasta las Hijas de María se suble an ya contra la reacción! ¡Es lo que faltaba por ver!»

Si á estas jóvenes las imitaran todas las de España, el clericalismo acabaría para siempre y nuestra patria sería próspera y feliz.

JOSÉ SANJUÁN

Buen ejemplar

Enteróse el joven D. Francisco Martín de que en Agaete (Gran Canaria) existía un hombre enfermo en cama y abandonado por todos, que se moría de hambre; y después de hacer personalmente lo que pudo, dirigióse al párroco en súplica de que se dignara acompañarle para ir de casa en casa pidiendo una limosna á fin de ver si podían salvar la vida á aquel sér humano redimido por las aguas purificadoras del bautismo.

A lo que contestó el representante de Cristo que le era imposible hacerlo, por tener pensado abrir él una suscripción para adquirir algunos objetos de culto; y si salía ahora á pedir para el pobre aquél, diría el pueblo luego que no hacía más que pedir.

Aquí aparece el cura retratado de cuerpo entero.

Ni socorre al pobre, ni le importa tener responsos de que se muera de hambre, con tal que no le estropeen la combina que se trae para estuñar la bolsa de los fieles.

Aunque los de esta especie abundan, no hay que desconocer que este es un soberbio ejemplar.

Liberales de verdad

Alá á fines de Marzo de este año, citáronse los clericales en Medina del Campo para hacer un larde de fuerzas jamistas, y el pueblo liberal, ante aquella provocación insensata, los cogió con silbidos, que fueron contestados á tiros; tiros á los que respondió él con piedras, resultando algunos clericales heridos.

Y ahora, á los nueve meses, se pide á cada uno de los 36 procesados, entre ellos dos mujeres jóvenes, tres mil pesetas de fianza para responder á las res-

ultas del proceso. Los nombres son los siguientes:

Jesusa Encinas Díez.—Marcelina Encinas Díez.—Nicanor Martín Barrón.—Aiano Ruiz Barrón.—Octavio Estébanez Bayón.—Casimiro Pérez Arroyo.—Cenito Barrios Barrios.—Esteban Bragado Díez.—Meiton de Guevara Sastre.—Felix Pescador Gascon.—Eugenio Casaco Rodríguez.—Facundo Lopez Encinas.—Eminio Banco García.—Agustín Arévalo Hernández.—Jesús Fernández Polanco.—Antonio Martín Fuentes.—Florentino Trimiño Llorente.—Juan Cobos.—Gregorio Gavián Gualda.—Francisco Ternero González.—Francisco Bataille Ruiz.—Florencio Vázquez Díez.—Pablo Navas Sánchez.—Julio Blanco García.—Pedro Lambás Reguero.—Mariano Reguero Rodríguez.—Fidel Lambás Reguero.—Daniel Lambás Reguero.—Abadón Vegas Díez.—Isabelino Aensio Cuesta.—Casimiro Martín Ben-vente.—Perfecto Lorenzo Lorenzo.—Carlos Inigo Barrés.—León Lorenzo Lorenzo.—Carlos Inigo Herrero.—Juan López González.

No creo que ese auto prospere, aunque otros de igual indole han prosperado, ni que, en tiempos que se dicen democráticos, sean condenados esos individuos por defenderse de las agresiones de los enemigos de la libertad.

Y en la seguridad de que saldrán abusos, estampo sus nombres para que reciban el aplauso de los verdaderos liberales y la honra que merecen por no haber tolerado mansamente la agresión de los clericales.



La voz de un padre

Sr. D. José Nakens.

Muy respetable Sr.: Por la Prensa se habrá usted enterado del atropello que he sufrido con motivo del entierro de mi hijo; sin embargo, me permito incluir á usted esos detalles demostrativos de que, sobre lo horripilante para mí del incidente, se han acumulado tantos atropellos, tantos embustes y tantas infamias, que me obligan á informar á usted, por si las cree dignas de publicidad.

Las autoridades todas, á excepción del señor Juez municipal, sólo han amparado al clero; y de no tener tanta cordura, sensatez y serenidad el elemento liberal de esta villa, que supo atender á mis súplicas y contenerse, es indudable que habría sido un día de luto aquí el 14 del actual.

Ante tanta amargura, no extraña á usted le ruegue que, si lo halla equivo y justo, salga en mi defensa en EL MOTIN, ya que el Reglamento de Telégrafos, donde llevo treinta y tres años de servicio, me impide salir en mi defensa.

Perdone que le moleste tanto y anticipándole gracias, me repita suyo afmo. s. s.

MARTÍN URT ZUN

Alsasua, 18 Diciembre 1910.

NOTA. Si mañana, como he pedido, desmiente la prensa reaccionaria de Pamplona

os embustes que ha insertado, enviaré á usted el martes los periódicos que lo hagan, y rectificación.

HECHOS

Día 13.—Agonizante de tuberculosis mi hijo Jesús, sargento de infantería de Cantabria, que está en casa debilitado á consideraciones del señor gobernador militar de Pamplona, de sus jefes y compañeros, las que jamás olvidaré ni con nada podré agradecer, se presenta á las ocho de la mañana una señora enviada por el señor vicario en consulta de si se le recibiría si viniese á ver al agonizante (primer insulto). Se le contesta que en esta casa, por deber y por educación, siempre se recibe bien á todo el mundo.

A las 18.—Preséntase D. Francisco Elorza, lo recibo afectuoso, descubierta, ofreciéndole asiento.

Principió el señor vicario su exordio, haciendo elogios del enfermo, al que dice conoce; que desearia prepararle, etcétera, etcétera; que hasta tres días antes no se había enterado que estaba enfermo. Conste que la señora corredora del permiso-visita, vive en el tercer piso de la casa y le había antes informado.

Le contesté: «Agradezco mucho sus buenos oficios; pero mi hijo desea que se le entierre por lo civil, y á un hombre de veintiséis años no me atrevo á decirle que se muere; que á ello equivaldría la presencia de usted en su cuarto. Yo no le contrariaré jamás; sin embargo, si él lo reclama, le llamaré á usted».

Y dice el señor vicario: «No importa; para evitar el que digan, yo le agradeceré me llame, y no tendré inconveniente en venir cuando todo haya terminado.» Despidese dándole la mano y repitiendo que en su casa estaba para cuando le avisase.

Por no escupirle ante tal proposición, lo despedí. Marchó muy jesuiticamente, pero comprendí que bramaba de soberbia.

A las 21.—Muera mi hijo.

Día 14 á las 4.—Marchó el coadjutor á Pamplona.

A las 14 25.—Preséntanse un oficial de la Guardia civil y el alcalde, respetuosos, descubiertos (creí que eran amigos); saludan; invitan á cubrirse y no aceptan; á sonarse y tampoco; y habla así el señor oficial:

—¿Podrá usted retrasar el entierro hasta que recibamos órdenes que esperamos por telégrafo?

Contesto: «Poco serio me parece que, habiendo avisado verbalmente á domicilio que el entierro civil es á las 16, se suspenda; no hay tiempo para ello, pues falta hora y media; no obstante, los entretendré; pero mucho no, porque llueva á cántaros. (El alcalde mudo.)

—Pues el señor alcalde exige pida usted autorización ó señalamiento del recorrido que ha de hacer el entierro.

Contesto: «Van á dar las 15. Si Pamplona tiene órdenes telegráficas, ahora mismo las dará, y ahora mismo extenderé la solicitud que se me exige.

Se marchan dichas autoridades malhumoradas.

Atiendo oficina, extendiendo instancia y la envío al Ayuntamiento á las 15.40.

No se me señala el itinerario del entierro ni se me acusa recibo de la instancia.

A las 15,45.—Preséntanse seis sargentos del Cuerpo de Cantabria con una corona que ofrecen a la memoria de mi hijo; traen el pasaporte de comisión de servicio por orden del señor general-gobernador de Pamplona. Habían sido sorteados, porque todos deseaban concurrir, y dicen:

«En la Estación de Pamplona nos ha dicho un señor cura que Jesús había muerto a las cinco, dando a entender que hoy no sería el entierro, y recalando las palabras, añadí: «No debían ustedes ir a Alsasua; además llevo aquí (señalando el estómago) una orden y va a haber leña.

Son las 16. Bajan el cadáver al portal; están con él dentro de casa, no en la calle, muchas señoras y señoritas, los sargentos compañeros, muchos empleados del ferrocarril; y en la calle numerosos acompañantes liberales y también clericales.

Se recibe recado de que baje uno de la familia. Bajo y el sacristán dice:

«De parte del vicario, que me diga usted a qué hora ha de venir el clero.»

Contesto: «A ninguna, no hace falta», y sin terminar de contestarle, pisan la acera tres curas, con cruz, Guardia civil y alcalde.

Protesto y digo al público: «Señores: suplico a todos que, en obsequio a este cadáver y a mí, no den lugar con manifestación de ningún género a que las autoridades hallen algo punible. Me basto y me sobro para defender este cadáver y exigir que se respete su última voluntad.

El vicario. ¡Dios ire, viles ire!
Yo, horrorizado digo: «¡Alto! no consento que en nada ni por nadie se contrarie la voluntad de mi hijo, ni...

(El Vicario) «Tengo... ten... go... ten... go... (Una voz: Primera plancha). Tengo disposiciones eclesiásticas... eclesiásticas y civiles... (Otra voz: segunda plancha.)

Yo: «Protesto con toda mi alma. Por encima de las disposiciones eclesiásticas y esas civiles que dice, están a mi entender las leyes humanas. (Me agarro al féetro y prosigo:) Antes que consentir tal atropello, renunciaré al sepelio del cadáver de mi hijo. Ayudadme a subir esta caja.

En este momento entra el Sr. Juez municipal cuyo auxilio había impetrado, y dice:

«¿Qué es lo que desea usted?»
Contesto yo: «Que a este cadáver no le acompañe el clero.»

Muchas voces: ¡Fuera, fuera los curas! ¡que se vayan!

Entonces penetra la Guardia civil compuesta del repetido oficial, un cabo y cuatro o seis individuos y ordena se desaloje el local. El clero se marcha. El señor oficial ordena a los seis sargentos que habían venido de Pamplona a acompañar al cadáver de su compañero, que le sigan, y al puesto de Carabineros, que también le sigan para acompañar al clero.

Yo me subo indignado a mi habitación, medio congestionado por la escena ocurrida, y me dicen que todos los liberales ordenan seguir la marcha, mientras que algunas señoras, quitándose las mantillas y doblándolas, abandonan todo y se van a sus casas haciendo aspavientos.

A cincuenta pasos, en una puerta, hay dos hombres, uno hermano del párroco, que al pasar el cadáver se descubre; y otro que le apostrofa por ello, sin descubrirse: el descubierto le dice que lo hace por respeto al muerto; el otro le insulta con frases que desazono, pero que averiguaré, despectivas para mi hijo.

El juez que lo ve, le amonesta: dicha autoridad es desobedecible e insulta; el juez reclama auxilio de la Guardia civil y ordena la detención.

Continúa su camino la comitiva, y al llegar al cementerio, encuentran al clero dispuesto a efectuar lo que no se le había consentido; al efecto tenía preparado dos tripodes ó banquillos donde apoyar el féetro.

Adelántase el alcalde y dice a los que lo conducen: «descansen aquí.»

Estos contestan: «No estamos cansados, adelante». Y dejan la caja en el depósito.

Estos son los hechos.

Por ello, no por falta alguna en mi cargo, algo decir que va a pedirse mi cesantía.

E-pero su defensa. Sr. Nakens. Es más: quisiera que todos estos hechos los publicara en su periódico.

MARTÍN URTAZUN

Hoy 17 Diciembre 1910.—11 noche.

Señor Urtazun:

Después de ese relato sencillo y conmovedor ¿qué defensa cabe, si todas las indignaciones que pueden surgir ante un atropello tan brutal, se han sentido al leerlo?

Por lo tanto, sólo me queda en este asunto un papel que desempeña: felicitarle a usted en nombre de los anticlericales, por su entereza y energía.

Eso sí; si volvieren a molestarle en cosa que le ofenda, acuda usted a mí, y haré lo que corresponda.



Otro atropello

A consecuencia de una serie de sermones predicados en una de las iglesias de Elche por el cura Ferrando (a) Carretilla, en los que llamó miséables, criminales y ladrones a los impíos, enviaron varios amigos por unas Hojitas pías a esta administración.

El domingo siguiente las repartieron varios chicos a la salida de misa; uno de ellos fué rodeado por una cuadrilla de luisos que pretendieron quitárselas, no lográndolo, por haberse interpuesto varios republicanos.

A los gritos de aquellas... lumbreras de la fe católica, salió de la iglesia el juez municipal un tal Sempere, recogió airadamente todas las Hojitas, tomó el nombre del chico repartidor y lo citó después a su juzgado, imponiéndole seis días de cárcel. Ruego a cualquier abogado de ideas liberales de Elche, que formule la correspondiente querrela contra ese juez.

Estoy cada vez más encantado del respeto que se guarda aquí al derecho de los que tenemos el honor y el buen gusto de ser anticlericales. No hay atropello de que no seamos víctimas.

Entre las varias virtudes de las Píadosas Hojitas, figura la de dar pretexto a todas las autoridades clericales para hacer alarde de lo que son.

Del Carretilla ese ya me ocuparé en otra ocasión, pues el amigo es un estuche para insultar a todo vecino que huele si quiera a liberal.

Me han ofrecido enviarme unos datos sobre su fuga de Elche, donde cuentan que salió de estampía por que un hermano de una chica guapa y soltera le buscaba el bulto; y le daré un buen recorrido si me los envían.

Entre las muchas barbasadas que comete, está la de negar la partida de bautismo a todo el que quiere casarse civilmente (por cierto que no sé cómo se la piden, pues con la certificación del registro civil basta). Por esta causa están dos jóvenes sin contraer matrimonio hace tiempo, y piensan unirse por acta ante un notario.

Cierto que estas cosas no las haría, si no contara con el juez municipal, carea de cuerpo entero, y de tanta inteligencia como su colega D. Dalmacio, el clon del Congreso.

Pero, en fin, ya veremos de cortarle un poco la marcha del abuso constante a esa Carretilla de alzacuello.

¿Que el cura de San Tirso de Abres había mal de mi hace días po que un amigo valiente ha introducido allí El MOTIN y varios vecinos lo leen entusiasmados?

El que tranquilo soporta de la recua clerical tanta coz fenomenal, ¿una coz más, qué le importa?

Agresión clerical

Me enteran de que el propietario de La Nueva Unión de Plasencia, D. Mariano San José, hubiera sido hace días víctima de una caralles a agresión por parte de un sobrino del obispo de la diócesis, Sr. Jarrín, un hermano suyo y cuatro clericales más, si no acuden dos guardias de orden público en el momento mismo que, garrote en mano, se arrojaban sobre él.

Dícese que la causa del intento fué el haber visto anunciada en aquel periódico una novela titulada Rosario, ó los amores de un chantre, y creer sin duda que podía aludir se en ella a la vida y milagros de alguna alta personalidad eclesiástica.

En El Motín de la semana próxima me ocuparé con más extensión de este asunto, pues habré recibido los ejemplares de La Nueva Unión en que se relatan.

T. itas las mañanas m' alevento y digo:

«al primer sotana que me salga al paso le rompo el bautismo.»

COSAS QUE HE DICHO

Se me pregunta por qué no he concurrido á las reuniones, mitins y banquetes á que se me ha invitado desde la Asamblea iniciada, defendida y realizada por mí el 25 de Marzo. Y respondo:

Porque tengo mucho que hacer y me revientan las exhibiciones innecesarias.

¿Que se me hubiera aplaudido y felicitado? Lo sé; y declaro que es cosa agradable. Mas prefiero á esas felicitaciones y esos aplausos en público, el que me da una persona á quien quiero entrañablemente: Yo. He devorado solo todas las amarguras, y tengo derecho á saborear solo todos los triunfos.

Sin que esto suponga que trate de distinguirme por mi apartamiento, pues equivaldría á buscar por otro camino lo que muchos buscan por el de la exhibición constante. Hay ocasiones en que el hombre más firme en un propósito tiene que torcerlo, por convenir así á las ideas políticas que sustenta, y hasta por educación á veces.

Fuera de estos casos, que cada cual haga su labor, y deje á los demás en libertad de elegir la forma en que ha de hacer la suya, siempre que no impida ó contrarie la de otro.—1903.

Existen en Madrid más de 5000 licenciados de presidio.

Si todos tuvieran voto, ya sé yo quién ganaba las elecciones: los conservadores.—1881.

El año último hubo 538 duelos en Italia, y figuraron en ellos 156 periodistas y 165 oficiales; se batieron además 64 abogados, 69 estudiantes, 22 profesores, 14 diputados, 13 ingenieros y constructores, 6 empleados, 3 banqueros, 3 artistas dramáticos y ningún capitán ni rentista.

Ningún capitán. Esto me confirma en la idea de que nada hay más pacífico y sosegado que el dinero. Hágase capitán á todo bicho viviente, y acabarán los disgustos, las desavenencias y hasta los crímenes.

Sin duda por ser ricos todos, no he visto batiarse nunca á dos obispos, con lo que habría gozado bastante.—1889.

Un periódico carlista combate el suicidio.

Y tiene razón. Si los españoles dieran en suicidarse, ¿á quién iban á asesinar ellos cuando se echasen al campo otra vez?—1883.

Sostiene *El Fénix* que España es un presidio suelto.

¡Y se queja!

Pues si no fuera así ¿dónde estarían algunos de sus amigos, como D. Alfon-

so, D.^a Blanca, el propio D. Carlos?... Del lado allá del Estrecho.

Para muestra, véase la clase: Santa Cruz, Rosa Samaniego, los héroes de Cuenca, de Olot, de Berga, de Cirauqui...

Pero cortemos el hilo: sería el cuento de nunca acabar.—1881.

De conservador me califica Alfredo Calderón, y á fe que me halaga; y si me hubiese calificado de autoritario también, mi gozo sería completo.

Pero, entiéndese bien: conservador de las conquistas revolucionarias; conservador de los intereses que creemos; conservador de las leyes que promulgamos.

Y dispueso á hacer todo lo que contribuir pudiera al afianzamiento de la República, aunque tuviese alguna vez que pasarme la ley por donde se la pasan los conservadores monárquicos.

Así soy yo conservador; no en el sentido reaccionario que hoy se da á esa palabra.—1904.

Existe un país donde no puede casarse una joven sin estar provista de un certificado en que conste que es «mujer de su casa». Tiene, además, que acreditar sus aptitudes como costurera, suicidadora, cocinera é irlandera. Ese país es Noruega.

Pocas mujeres se casarían en España si necesitaran presentar esos dos certificados. En cambio se quedarían solteras muy pocas, si les exigieran para contraer matrimonio la cédula de comunión, el devocionario y un certificado en que demostraran sus aptitudes para el chi-me, la murmuración, el abandono del hogar y el odio á la cocina y á la limpieza.

Cada país tiene sus costumbres.—1898.

Algunos correligionarios tratan de nombrarme presidente del comité ó junta (no sé siquiera como se llama eso) del distrito de Camberí. Y yo les ruego que desistan.

Si es por honrarme, por que honrado quedo con sólo que se me haya ocurrido proponerme; y si es por matar ciertas ambiciones, porque yo sirvo para algo más que para cubrir con mi nombre miserias de comité.

En resumen: que si me nombran, renunciaré; y si esos cargos no pueden renunciarse (lo que ignoro, por no haber perdido nunca el tiempo en averiguarlo) nadie me verá allí.

Así, lo mejor será que desde luego elijan uno á quien le agraden esas cosas, ó esté más dispuesto que yo á sacrificarse por el partido en cargo de tan terrible y constante responsabilidad.

Cada cual sirve para su cosa, y yo no sirvo para esa. Y hasta me agrada no servir.—1903.

Un periódico monárquico, en un arranque de adulación cortesana, llama *augusto* suicida al príncipe Rodolfo.

El día menos pensado oímos llamar egipcio beodo á un príncipe que se achispe; ó eminente estafador á un personaje que dé en presidio por un descuido de la justicia histórica.—1889.

En la cueva llamada del Duende, cerca de Málaga, fué hallado medio muerto de hambre un anciano trabajador del campo, á quien sus hijos habían abandonado cruelmente. Ha ía mas de cuarenta y ocho horas que no tomaba ningún alimento.

Hechas las averiguaciones oportunas, resultó que los hijos estaban bautizados, confirmados, y por lo tanto, redimidos con la preciosísima sangre de nuestro Señor Jesucristo.

Lo cual consigno con mucho gusto, para confundir á los impíos que prefieren el maestro al cura, y la educación á los sacramentos.—1888.

¿Hubiera yo censurado al Gobierno si agarrara á todos los tipos sospechosos que se vistieron de mujer durante el carnaval, ó á los que, yendo de hombres, presumían de ecote ó pantorrillas, los lleva al cuartel de la Montaña, los pesa, les pone el uniforme de soldado aun cuando resultara profanado, los mete en el tren al otro día, y los embarca después para Cuba?

No, que lo habría aplaudido; y más si por telégrafo da la orden de que al llegar allá las tías esas, las hubieran llevado á la manigua y colocado en la vanguardia.

La bala que en sus cuerpos se inerustara prestaría un gran servicio á la decencia, la seriedad y la virilidad de este país, que de quince á veinte años acá está haciendo méritos para que llueva fuego del cielo sobre él.

¿Qué degeneración, qué degradación y qué asco, desde que la reacción clerical domina!—1897.

Al presentarse á tomar posesión de su destino el maestro de escuela de San Roque de Riomiera, fué recibido á pedradas por los alumnos y perseguido como una fiera por las calles del pueblo.

¿Qué buenos frailes ha án en lo porvenir esos acémilas, ó qué excelentes presidiarios, ó qué distinguidos conservadores de encrucijada!—1886.

Hablando del baile de trajes de los duques de Fernán Núñez, dice un periódico:

«Pero el siglo XVIII, ¿qué puede recordarnos de bueno? Los abates corrompidos, los nobles degradados, las damas aventureras, que servían desnudas de modelo á Goya, y de regocijo á los estudiantes en las verbenas de Jan Juan y San Antonio.

Pues bien: ese siglo de obscuridad, de preocupaciones y de dudas, es el que

se resucita ahora en los bailes aristocráticos. María Antonieta y la princesa de Lamballe levantarán sus cabezas empolvadas y coronadas de rosas en *quadrilles* regias.

¡Pobres cabezas! A los polvos perfumados de Trianon sucedió en ellas el polvo seco y oscuro del camino de Varennes!

Y luego, el aserrín del cesto en que caían sus cabezas, cortadas por la guillotina.

¡Qué bromas tan terribles tiene la historia.—1884.

Los albaceas del rico banquero norteamericano Mr. Carnegie, ha entregado al presidente de los Estados Unidos cincuenta millones de dollars que el difunto dejó para fundaciones escolares.

¡Estúpido! Sin conventos que se podrían haber fundado con esa cantidad! ¡Y sin almas que habrían alido del Purgatorio por 250.000.000 de pesetas! Seguramente queda desahogado por completo.—1902.

Según datos oficiales, la Compañía Arrendataria de las cerillas ha sacado en el año último al capital el interés del *veinticuatro por ciento*, y eso que no disfruta el monopolio de la fabricación, sino sólo el de la venta.

Y todo sin necesidad de usar trabuco, ni entenderse con la guardia civil, ni temer á empapelamientos judiciales, si no dentro de la más estricta honradez.

Imiten, imiten ese ejemplo los que buscan la riqueza por los escabrosos vericuetos de la ilegalidad.—1902.

El hombre que no haya saboreado en la vida el placer de llevar un pedazo de pan á la boca del hambriento...

El que no pueda apuntar en el libro de sus pérdidas un *desengaño por exceso* de bondad...

El que no haya sentido acudir una lágrima á sus ojos ante el hambre de un niño y la desesperación muda de una madre...

Ese hombre no ha vivido.

En el alto y noble sentido que debe dársele á la palabra vida.—1883

Los orangutanes viven formando sociedades más ó menos numerosas; los padres cuidan de la defensa de la prole, y las madres la *educan*, enseñándola a robar desde joven.

No quiero ni pensar en lo que ocurriría en España, si los niños de padres conservadores fueran educados por sus madres para robar.

Si únicamente con lo que después van aprendiendo llegan á artistas consumados en el arte ¿qué no ocurriría si los educaran exprofeso?

¡Congratulémonos de que las madres esas no imiten á las de los orangutanes.—1885.

Porque entre 16.507 individuos que componían la población penal en España en 31 de Octubre del año anterior, 6.992 sabían leer y escribir, deduce *La Unión Católica* que la instrucción no es bastante poderosa para apagar los malos instintos de la flaca naturaleza humana.

Aceptado el argumento, si él se confirma con ésta deducción mía:

De los 16.507 individuos, 16.419 eran católicos; lo cual prueba que la religión del Estado español influye bien poco en apagar los malos instintos de la naturaleza humana, flaca ó gorda.—1887.

Dice La Correspondencia Militar:

¡Valiente cosa gana el país con que muchos hombres públicos vayan obteniendo por ahí cédula de honradez! ¿Cómo si aun en el caso de que esa honradez, puramente personal, fuera verdadera, bastara esto para que la administración y la política en que esos hombres figuran resultaran también honradas!

Porque aquí tenemos ya tal idea formada de ciertas cosas, que en cuanto un alto personaje no se mete los millones de las arcas del Tesoro en el bolsillo, ó no vende los empleos, ó un sujeto cualquiera no se lleva las cucharillas de las mesas redondas, ya conceptuamos al uno como el modelo de la probidad y al otro como todo un caballero. Y así anda este país de lucido y rozagante.

Traslado á los que se despepitan pregonando la honradez de los jefes republicanos, en ningún caso superior á la de cada uno de nosotros.

El maestro de obra prima que fuese muy honrado, pero hiciese muy malos zapatos, se quedaría sin parroquia, por más que invocase su honradez.

Honrados como ahora eran ya en 1873, y perdieron y desacreditaron la República en diez meses y medio. Lo cual indica que á la honradez deben acompañar otras cualidades.

Hay que ir arrinconando estas majaderías, *por si venimos pronto*, que quizás no.—1892.

Ha muerto una señora en el convento de monjas de la Enseñanza de Pau, dejando un legado de cien mil pesetas para quien invente el medio de comunicarnos con algún planeta.

Sin duda hizo el testamento en ausencia del capellán de la casa. Si no ¿cómo era posible que él, que por una friolera pone á todo el mundo en comunicación con Dios, por veinte mil duros no hubiese puesto á esa prójima en comunicación con todo el sistema planetario?—1891.

Se susurra que los jesuitas del colegio de Chamartín tienen unos cuatrocientos mauser y dos cañones de acero con sus correspondientes municiones, y que dentro se hace el servicio como en una plaza sitiada.

Suponiendo que sea cierta, la noticia carece de importancia; mientras aquí no

ocurra nada, para maldita la cosa les servirá el arsenal; y si ocurriese, les serviría menos.

Cuando el pueblo dice ¡allá voy!, no hay Bastilla que resista; no digo ya un convento de ignacianos.

Lo que deben pedir al Dios que explota, es que el pueblo no se lance; porque una vez lanzado...

En fin, *Barba Azul* tenía también un cañón.—1899.

Dice un periódico ministerial que la fiebre de pedir economías es tal, que teme que de seguir así la calentura, haya quien se levante un día y pida que todos los españoles salgamos á la calle en camisa, para dar un disgusto á los sastres.

Deseche todo temor, porque respeto á ese punto la petición sería ociosa.

Basta con la administración que hacen los restauradores, para que los españoles esen queden en camisa, y hasta sin ella; y no para dar un disgusto á los sastres, sino para obra y gracia de los vividores políticos.—1890.

¡Qué contentos estarían los frailes en Filipinas el día que fusilaron á Rizal!

Ya no tendrán en adelante que preocuparse de aquel ilustrado indígena, el primero que se había atrevido á hablar de su corrupción y de los horribles males que causaban.

Ya pueden respirar tranquilos; ya no existe el autor de *Non me tanzere*. Ha muerto, es verdad, dando pruebas de su adhesión á España; pero esto ¿qué importa?

Que no hubiese escrito aquel libro.—1897.

¡Una limosna por Dios á tos maestros de Adahuesco; cuarenta y dos meses sin cobrar!

Con un cartel que en letras de gran tamaño decía lo que antecede, se presentaron los maestros de Adahuesco (Huesca) al gobernador civil.

¿Cuarenta y dos meses sin cobrar y aún existen?, se diría el gobernador: pues no necesitan pan, sino sufragios, porque seguramente son almas en pena.—1893.

El Pueblo Católico, periódico carca de Ubeda, dice que no pueden vivir juntos el catolicismo y el liberalismo.

¡Valiente noticia! Hace años que lo vengo diciendo.

Y por no hacerme caso suceden muchas cosas que no ocurrirán el día que todos reconozcan esa verdad evidente.

Si es menester repetir eso todos los días, á ver si de una vez quedan los campos bien deslindados.

Los católicos á un lado. Y las personas decentes á otro.—1898.

JOSÉ NAKENS

Notas de una campaña

En Sabadell

Parece ser que Sabadell está considerado como una especie de riñón de la revolución. Allí encuentran su acción revolucionaria los clericales, el gobierno y los radicales de todos colores. Los tres partidos extremos juegan a quien hará más y mejor para provocar la revolución.

La de Julio de 1909 fué pacífica y, en lo que cabe, elegante. Los daños fueron relativamente pocos, pues tan pronto como fué proclamada la gloriosa (o cual se hizo sin gran dificultad faltando sólo anunciar el suceso con un repique general de campanas y con un *Tedeum* (toda orquesta) quedó establecido el orden que no había de turbarse hasta que volviesen a *de-ent*ar el poder los señores monárquicos.

—¡A Sabadell!—dijome nuestro amigo.

—¿Por qué no vamos a alguna de las otras poblaciones que tienen pedidas conferencias?

—Amiguito—dijome:—estamos predicando moral y hemos de practicarla con exquisitez. El pueblo de Sabadell es á travessando una fuerte crisis espiritual; es preciso dar á aquel enfermo todos los gustos...

Y tomamos el tren, acompañados de tres simpáticos embajadores de aquella juventud sabadellense, animosos por hábito, héroes por temperamento y batalladores por sport.

—Quizás seamos recibidos con una silba clerical—díceme uno de los acompañantes.—Atribuyem á la juventud republicana la silba que se oyó recientemente á D. Pedro Corominas, y los carlistas han propuesto vengarla hoy en Pey Orreix.

No cayó tal momio. Las calles que dan á la estación del ferrocarril estaban llenas de carlistas... y de republicanos; los unos con los pitos y los otros con los puños preparados. Los señores clericales calaron el chapeo, enfundaron el pito, pasamos y no hubo más.

Llegó la hora de la conferencia: el local atiborrado de gente. Cuatro veces se habría llenado con la que desfiló por el cancel del centro.

Tres delegados de la autoridad, por falta de uno. El alcalde debió decirse que cada delegado ocupaba el sitio de un oyente, y cuantos más delegados menos fieles.

Uno de los señores representantes de la autoridad, sentóse al lado del conferenciante. A los seis minutos durmióse como un bendito y comenzó á roncar solemnemente.

—Bah—lijo el orador—es la primera vez que recito una conferencia con acompañamiento de fiscornio. Habré de ceder el ronquido á este señor, ya que no pide la palabra. Y será donoso; una sesión de ronquido oficial...

Como el señor alcalde de Sabadell es muy travieso y parece empeñado en dejar atrás la celebridad de su cofrade el alcalde legendario de Mataró y el de Mostoles, yo imagino que eso del ronquido del delegado era cosa conveida y hecha adrede. Por si así fuese, el invento merece ser celebrado con patente.

Dicho lindo señor alcalde debe ser de lo más fresquito que Dios y el diablo han creado concordadamente. Es fabri-

cante, según parece; y con recordar el dicho de no sé cuál grave escritor, de que cuando Dios quiere castigar á un pueblo lo pone bajo el poder de negociantes (alusión á aquella otra frase del Espíritu Santo de Mella), con eso está dicho cuán felices son los sabadellenses bajo el poder del Poncio concordado.

Cuéntanme de él cosas tan inverosímiles, como la de prender á Bruno Lladó, que con expreso convenio del gobernador iba á apaciguar la huelga. Cuéntanme que prohibió á los obreros emigrar, y así confinados en Sabadell y sin un céntimo, prohibió primero el reparto de socorros que se verificaba en la casa de la confederación, y luego prohibió el reparto á domicilio. Si esto no es batir el record de la tiranía, venga Nerón y lo vea; y que esto haya ocurrido bajo el poder democrático, me obliga á pedir al buen Dios que nos dé Mauras, Ciervas, Dioclecianos, el diablo, cualquiera cosa, antes que alcaldes concordados entre jesuitas y Canalejas.

Pero bandigamos á don Pepe y á los alcal les pepinos.

El mayor daño que podrían causar á España y al mundo sería gobernar cuerdamente y con justicia, pues con ello eternizarían la deliciosa monarquía que disfruamos y que nos disfruta, divirtiéndonos con regatas, tiros de pichón y demás espectáculos ejemplarísimos. Soy de parecer que Canalejas sigue la máxima de Maura: la revolución desde arriba. Y para hacer á desde arriba, no hay como tratar á zapatazo sucio al pueblo zoquete para sacarlo de su modorra.

¡Muy bien por el alcalde de Sabadell! Los vecinos que se acostaron sin comer durante aquellos días, quedan estomacalmente convencidos de la mansedumbre, civismo, frescura y magnanimidad de la democracia monárquica. Y si se comprueba lo que se susurra de haber sido interceptadas ciertas cantidades enviadas del Extranjero para socorro de los huelguistas, quedará demostrado que el respeto á la propiedad es una filfa y que todos los medios son buenos cuando se trata de reventar al prójimo.

De modo que, caros lectores, pidan una lluvia de alcaldes á la moda del Sabadell y en menos de un año tenemos la Gorda. Para que se ansie la República no hay como que la Monarquía haga esto y aquello y lo de más allá, *Saltem ex inimicis nostris et de omnibus qui oderunt nos*, que decía Dios cuando hablaba en latín. Sí, señores; la arbitrariedad es una manera indirecta de hacer la revolución de real orden, única manera posible en España.

La revolución de 1909 en Sabadell tuvo cosas... Frente á la iglesia parroquial de San Félix tiene su tienda un amable carlistón, á quien pidieron los revoltosos el petróleo para incendiar el templo. ¡Pobre señor! Con cuales retortijones de alma entregaría aquellas latas que él tendía preparadas quizás para incendiar los centros revolucionarios... ¡Paciencia, amiguito...

Sic vos non volis fertis aratra, babes. El hombre propone y Dios dispone... Desde la eternidad el buen Dios, sin cuyo permiso especial no levanta el pie carlista alguno, había dispuesto que la tienda carlista fuese parque de municiones para los mata-ratones del santo

templo. Y aun cuentan que los revolucionarios se apiadaron de la conciencia del buen feligrés y le dispensaron del trabajo de ser él mismo quien prendiese el fuego á la Iglesia. ¡Pobre señor!

Ahora debe reflexionar que no todos los actos humanos son libres y que muchas manos besa el hombre que querría ver quemadas, así como á veces quema lo que querría besar.

Así ocurrió con la parroquia quemada por el petróleo carlista.

Hálanse todavía las bóvedas y paredes ennegrecidas por el humo y descascaradas del yeso. Dentro de la Iglesia no quedó nada, ardiendo los mismos santos abogados contra incendios y la propia imagen de Santa Bárbara.

En una de las capillas se encontraba enterrado un obispo muerto en olor de santidad. El *populacho* quiso comprobar experimentalmente el olor ese de los santos. ¡Gran Dios! Sólo encontró huesos y hedor de muerto. El tesoro aquel espiritual, semejante al del entierro de nuestros listos alumnos de presidio, quedó evaporado como el tesoro material de éstos. Pero los enterradores eclesiásticos no han devuelto el dinero á quienes se lo dieron interesándose en aquel presunto tesoro enterrado.

A Sabadell han llegado, aunque débilmente, las *Hojitas Fielas*. El periferito alcalde industrial había de revelar con tal ocasión su inagotable ingenio, prohibiendo en uso de su alcaldesca autoridad que se repartiesen no siendo á tantos pasos distante de las iglesias. ¡Oh, sapientísimo y simpatiquísimo alcalde industrial! ¡Ignora usted que las *Hojitas* son perfectamente legales y que pueden ser distribuidas en todo sitio público porque sí? ¿Quién es usted para hacer «cotos redondos clericales» de la vía pública? Parece ser que dijo que temía un conflicto si consentía la distribución. ¿Y no teme el conflicto si las prohíbe?

Pues bien; en toda tierra de garbanzos, es ley que la autoridad proteja á los ciudadanos en el ejercicio de su derecho, contra toda violencia antijurídica. Nuestros amigos tienen el derecho de repartir las Hojas; los clericales no lo tienen de impedirlo, y usted está en el deber de comprenderlo de proteger á los nuestros en el uso de su derecho, y no á los otros en el abuso... temido. Pase que usted atropelle á los vecinos de Sabadell mientras ellos y el gobierno se lo consentan; pero eso de atropellar á los editores de Madrid es cosa que excede los límites de su cacicato cantonal y que esperamos corregirá en lo sucesivo; porque un alcalde ha de dar ejemplo de respeto á la ley y al Derecho, para no enseñar al pueblo á ciscarse en el Derecho y la ley cuando él asuma la autoridad.

En fin; que Sabadell es una delicia, con un alcalde delicioso y con unas alcaldadas de preciosísimas.

¿De las huelgas, qué? Esto es para mejor ocasión.

R. MAYOL

A mis enemigos
no les mande Dios
más que un fraile, pa que lo mantengan
por un día ó dos.

Inmoralidad clerical

Los escándalos clericales están á la orden del día. Cuando no son los frailes de Portugal que sacan á las monjas de su santo estado virginal para hacerlas madres, es el fraile de Barcelona que violenta una niña; cuando no es el de Reus, que satisface sus pervertidos apetitos en inocentes niños. Cuanto más la Iglesia se engolfa en el cielo y predica para este mundo un ideal de renuncia á sus goces naturales, mas sus miembros se encenagan en esos goces, trasapando sus límites.

Uno tras otro. No transcurre el tiempo necesario para que la atención pública se retraiga de un hecho, y ya se realiza otro.

Y cuando se suceden con tanta regularidad, se pregunta uno qué clase de individuos atrae la Iglesia hacia su seno. Porque el género de vida que ella impone á sus miembros, no basta á explicar tales y tantas perversiones, tales y tantos desarreglos psicológicos.

De casos como el de las monjas de Portugal, ó análogos á él, no hay que extrañarse, puesto que sólo son inmoralidades desde el punto de vista de las doctrinas de la Iglesia; pero de casos como el de Reus ó el de Barcelona, la cosa cambia, pues atestiguan una perversión moral que espanta. Y esta perversión es dudosa que pueda realizarse por la sola influencia del género de vida que la Iglesia impone á sus miembros. A lo sumo, la contención sexual prolongada podrá conducir al individuo á ciertos excesos; pero esos otros no basta á explicarlos el ambiente. Sean cualesquiera las condiciones en que actúe y se desenvuelva, ningún individuo puede realizarlos sin una gran perversión, ó, por lo menos, sin una gran debilidad moral nativa.

Y este es un dato importante. Trátase de individuos que pueden ser calificados de degenerados morales sin incurrir en ninguna exageración. Y esos individuos, no obstante, son atraídos por la Iglesia; y lo son en mayor cantidad que por otras profesiones, porque en ninguna otra se dan tantos casos de perversiones de todo género. Y lejos de repelerlos, la Iglesia atrae hacia su seno á estos pervertidos; y luego, una vez en él, lejos de corregirlos, los pervierte más. Este hecho es bastante por sí, para negar ya la eficacia de la acción moral de la Iglesia.

Queriendo domar la naturaleza humana apoyándose en el cielo, la Iglesia se ha puesto en pugna con las leyes y las tendencias fundamentales de la vida, saliéndose así de su cauce natural y normal. El resultado de su acción no es un perfeccionamiento, sino un desdoblamiento, una desorganización del organismo humano; un desequilibrio; eso que los psicólogos califican de pérdida de la unidad orgánica.

La Iglesia constituye una anomalía en la vida humana. Así, no resulta extraño que los anormales de todo género se sientan atraídos hacia ella. Estos anormales pueden ser neuróticos ó histéricos, llenos de visiones quiméricas, y pueden ser pervertidos que violan niñas y se entregan desenfrenadamente á la pederastia, ó halagan sus instintos criminales en las hogueras y los tormentos de la Inquisición, ó ima-

ginando los sufrimientos de los condenados en el infierno.

Hay además otra causa que atrae á la profesión eclesiástica á los individuos de escasa fortaleza moral, y es la falta de esfuerzo é iniciativa que exige esa profesión. Para ser médico, abogado ó ingeniero, no basta el estudio; es preciso reunir también condiciones de inteligencia é iniciativa, porque hay que afrontar los rigores de la competencia, y además ser activo y ganarse el pan trabajando. Para ser ministro de Dios no hace falta nada de eso; basta con aprenderse de memoria unas cuantas cosas, repetirlas diariamente como un fonógrafo y echarse á dormir. Los más inútiles son, pues, los que siguen esa profesión que sería una gran cosa si no fuera más que inútil. Y como las condiciones morales corren parejas con las intelectuales, claro está que esos individuos de escasas condiciones intelectuales reúnen de ordinario escasas condiciones morales.

Tratándose de otra institución, una gruesa inmoralidad cometida por uno de sus miembros no significaría nada, ó significaría muy poco. Tratándose de la Iglesia, hechos como el de Barcelona y el de Reus son la negación total de su doctrina.

La Iglesia pretende ser una institución divina; y si ello fuera así, ¿cómo es que Dios permite que sus ministros realicen actos, no ya malos sino horriblemente repugnantes? ¿Cómo es que elige á esos hombres de vil condición para que enseñen á los demás el camino que conduce á él? ¿Cómo es que en la institución que él mismo creó, cuyos actos él mismo inspira, se realizan aquellos que él prohíbe y castiga con horribles tormentos?

Tiene razón la Iglesia en deformar y embrutecer los cerebros infantiles con toda esa sarta de ideas de manicomio, sacándoles la facultad de razonar; porque si los creyentes fueran capaces de razonar, no serían tales creyentes.

MÁXIMO MACEIRA



Necedad

Un periódico católico dice «que clero y religión están unidos tan íntimamente, que no se puede combatir al uno sin herir á la otra», y para probarlo, recuerda aquellas palabras de Cristo á sus discípulos:

«El que os escucha á vosotros, me escucha á mí; y el que os desprecia á vosotros, á mí me desprecia. Y quien á mí me desprecia, desprecia á aquel que me ha enviado.»

Cuando Cristo pronunció esas palabras (suponiendo que las pronunciara), no pudo sospechar que se dieran en la Iglesia que se alzó sobre su doctrina,

papas, obispos, curas y frailes como los que se han dado en todos los tiempos. De lo contrario, ¿cómo las hubiera dicho?

¿Resulta Cristo despreciado por que se desprecie á los Flaminios y Bisquets? El que eso afirme es un imbécil que ofende á Cristo por defender á esos pederastas.

Si en vía no me vengo,
me vengaré en muerte;
no dejaré un clavo, pa que asin los caros
de baide me entierren.

Clase redimida

El tifus, la disenteria y la difteria hacen constantemente muchas víctimas en el distrito de Bivvar (Hungria), por las deplorables condiciones en que viven sus habitantes: mal nutridos, hacinados en miserables chozas, y mezclados los unos con los otros como las bestias en un corral.

Esta miseria tiene su explicación: el clero húngaro, el más rico de Europa, es propietario de una gran parte de aquel territorio. El obispo católico romano de Grossvardein tiene el usufructo de 187.393 hectáreas; y el obispo católico griego, el de 129.657. Las propiedades de las dos iglesias ocupan en Hungria una superficie de 2.400.000 hectáreas, y como cuentan con 16.000 eclesiásticos, resulta para cada uno 150 hectáreas por término medio, mientras el resto de la población, salvo algunos fuertes propietarios, sólo tiene dos hectáreas.

Según estos cálculos del profesor Agaston, el término medio de la renta de cada eclesiástico es de 8.000 francos, mientras la estadística del ministerio de Agricultura dice que la ganancia de un agricultor no pasa de 500 ó 600 francos al año; y según los cálculos del ministerio de Comercio, cada habitante de Hungria dispone de una renta anual de 185 francos.

Lo que precede no da, sin embargo, idea completa de las rentas del clero. Hay que agregarle las considerables sumas que le producen los valores mobiliarios que posee, el producto de misas, los derechos de estola, el subsidio del Estado (ocho millones de francos) etcétera, etcétera.

Cada vez que leo datos como los anteriores, estoy por caer de rodillas y dar gracias al Supremo Hacedor por haberse dignado enviar á la Tierra á su hijo unigénito con el propósito de redimirnos.

Pues aun cuando fracasó el propósito en parte, por estar el mundo cada vez peor, según dice la Iglesia, no podemos negar que una clase quedó perfectamente redimida: la sacerdotal; lo mismo en Hungria, que en España, que en todas las naciones donde hay pobres que se mueren de hambre y de frio.

Lo cual debe servir á éstos de gran consuelo en su agonía.

Reflexiones, contrastes y consejos

Reflexiones: Toda persona que, hechos los votos correspondientes, se consagra al culto católico, deja de ser *consciente* y se convierte en *instrumento*. Renunció a la libertad de obrar, y, por lo mismo, no es a ella, sino a la Providencia en cuyo favor hizo cesión del libre albedrío, a quien hay que pedir la responsabilidad de sus actos. Esta es, por lo menos, la tesis que la Iglesia sostiene y yo apuntalo.

Es, asimismo, de la Iglesia, apuntalada por mí también, la teoría de que la Providencia no puede equivocarse. Y siendo así, es decir, si de todas las acciones de las personas dedicadas al culto es responsable la Providencia y ésta no puede equivocarse, indudable es que cuando un clérigo roba, mata ó estupra (que de todo acontece, y con inusitada frecuencia), es porque así conviene.

Contrastes: Por eso me extrañan los improperios del diputado católico, señor Senantes, á los periódicos y diputados republicanos que, en el Congreso, *popularizan* algunos hechos de individuos que ejercen su ministerio por encargo del Cielo.

Porque si todos los actos de los sacerdotes son para enseñanza de los fieles, lo mismo cuando salvan un alma, que cuando perforan un cuerpo, que cuando desvalijan alma y cuerpo juntos, ¿pueden prestarse otro servicio mejor que el de darles publicidad, para que lleguen á conocimiento de los creyentes?

Y este servicio es mucho más de agradecer, cuanto que los periódicos católicos apenas tienen lectores. De lo que resulta que, si los republicanos no las acogieran en sus columnas, no llegarían á conocimiento de la cristiandad esas *prácticas* de sacerdotes que han de servir de guía á todos los que no quieran apartarse de la vía que conduce al Cielo.

Consejos: También me sorprende que mis correligionarios, en el Parlamento y en la prensa, se conviertan en colaboradores entusiastas de una causa que detestan. ¿No quedamos en que todos los actos de los clérigos son en honra y provecho de la religión? ¿A qué, pues, relatarlos y comentarlos?

Todo esto sin contar con que así se hace el reclamo á los ensotados... *ados y adas*: pues sabido es que hay monjas y beatas que gustan de los curas tenorios, otras que se pirran por un *fraile gañán*, y no pocas que se dislocan por esos jesuitas que se tiran corto y ceñido.

Por lo tanto, aconsejo á mis correligionarios que se dejen de publicar nada que huela á religión, pues los chistes y comentarios con que aderezan sus relatos, sólo sirven para que las gentes de Iglesia los devoren con avidez.

LUZ BEL

Toitos los mis bienes
los pongan en vent;
pero que no lleguen á coger un cuarto
las gentes de Iglesia.

Muestras

«No sé leer; pon en mi rra... una es-
...da es ama que replicó el papa Ju-

lio II al escultor Miguel Angel, un día que éste, al cincelar una estatua del pontífice, le preguntara si un libro debía ser el atributo con que apareciera ante los siglos.

La respuesta del vicario de Cristo delata bien hasta qué punto su humildad podía ser yuxtapuesta con la de aquel a quien se decía representar. Ella es toda una biografía en pocas palabras. Algo más: una especie de síntesis brutal, formulada entre el principio y el fin de la vida papal.

Jesús se avergonzaría. A sus excelentes cualidades de *vir bonus*, opuso ese Papo, y han opuesto otros, todas las bajas pasiones, las más repugnantes intrigas y las más sucias depredaciones. Trastornos políticos, devastaciones, guerras, ¿qué importa todo esto, si es, después de todo, *ad maiorem dei gloriam*?

Es por demás admirable y cómoda esta última razón de lo fenomenal que da la Iglesia. Cualquiera, teniendo en cuenta los dichos, y no olvidando los hechos, se halla tentado en creer si evangelio, maquiavelismo, estrategia, simonía, son términos sinónimos; si es una misma cosa el «no matarás» y el «altar una ciudad después de haber dirigido personalmente el bombardeo».

No basta para muestra un botón; pero tal vez basten los papas para conocer el papado. No basta un San Francisco de Asís para inducir de su bondad las excelencias de su Iglesia; pero sí basta conocer su origen y desarrollo, su organización y sus tendencias, para convencernos de que ha sido tan perjudicial como perversa.

A. MAZARINO



ECHTERNACH

He hallado siempre excesivamente digno de regocijo la escena de las peregrinaciones. He visto Fosses, Hal, Haskendover, Saint-Hubert, Oostacker, Lourdes y tantas otras: hasta he visto la procesión danzante de Echternach.

Estos fabulosos delirios de la bestia humana, los más completos sin duda, en los que cada uno hace como un deber y un placer de exagerar su estupidez nativa, dan al pensador el mismo consuelo que ofrece, por ejemplo, á un hombre sano y vigoroso el espectáculo de un hospital de raquíticos. ¿Consolación egoísta?—diréis vosotros.—No tanto como podríais creer: enorgulleciéndose en su fuerza, trabaja en curar las debilidades de los otros.

Nadie ignora que Echternach es una pequeña ciudad del Gran Ducado de Luxemburgo, colocada á la orilla derecha del Sure, en cuyo punto constituye el límite de Alemania; el camino de hierro del príncipe Enrique la ha colocado á dos horas de Luxemburgo, casi á nuestras puertas. A un lado de Echternach se encuentra la estación; por el otro lado un viejo puente que conduce al poderoso vecino; gracias á la Unión Aduanera no hay guardia ni centinela que guarde esta frontera.

Dos iglesias merecen alguna atención: la

Basilica, nueva, decorada con el más hinchado y peor de los gustos; restauración de la antigua Basilica, que perteneció á la poderosa abadía de Echternach. Del edificio, que ocupaba la mitad de la ciudad, se ha hecho hoy un convento pensionado con grandes jardines, un cuartel, y qué sé yo qué más.

La segunda iglesia es la de San Wilibrordo, consagrada sobre una colina á la altura del tejado de las casas; una especie de terraza sombreada por grandes tilos la rodea, y por encima del pequeño muro extiéndese la vista sobre la ciudad y sus alrededores, especialmente sobre las altas montañas de la orilla izquierda del Sure.

Entremos. Lo que principalmente llama nuestra atención es el sepulcro de San Wilibrordo, situado bajo el altar mayor. Una urna de cristal encierra una figura de cera de tamaño natural, revestida del ropaje episcopal y adornada de una larga y blanca barba, para cuya confección ha sido necesaria la cola entera de un caballo. Esta estatua macabra sería una maravilla en el Museo Castán por el realismo cadavérico de las manos, de los pies desnudos y de la cara, y sin duda alguna debe ejercer un violento hipnotismo sobre las gentes ignorantes de este país. Por una abertura del cristal, los visitantes pueden levantar el brazo, tocar la barba y los dedos del buen hombre; el que esto hace, es feliz. ¡Valiente mamarrachada!

Bajo este fútilo se esconde el esqueleto auténtico del santo. Sea así; ¿qué contra decirlo? Basta que así se crea para obtener los milagros, y, por tanto, la autenticidad carece de importancia.

Allí junto se levanta la caja de las ofrendas, pero no un pequeño cepo ó cajita de madera de esus que se ven, una ó dos docenas en todas las iglesias belgas, sino una buena y hermosa barrica de vino de Borgoña, asentada por una de sus bases. Adornada de cereos de cobre bien pulimentado, y por medio de una cajita hendida que ocupa la parte superior de la barrica, se bebe en su fondo la metralla de sueldos. Se me asegura que la barrica quedará mañana llena.

Para no volver más á la cuestión del dinero, los treinta mil peregrinos de la famosa jornada hacen decir, cada uno, como término medio, una misa, por el precio ordinario de dos francos, pudiendo eslimarse en cien mil francos lo que la iglesia de Echternach mete en caja cada año el martes de Pentecostés.

¡Treinta mil misas!... ¡Hum! Serían preciosos cien años á un sacerdote para decirlos, ó tendríamos que buscar cien sacerdotes para que las digan todo un año. Los teólogos os explican que el sacerdote que ha recibido de cien personas diferentes, de cada una dos francos, para decir cien misas, puede decir solamente una, á condición de nombrar en globo las cien personas donantes y aplicar por todas ellas esa misa.

Y los descreídos preguntarán por qué en lugar de cien, de mil, de treinta mil misas, una sola no basta. Y no se hable más, puesto que el primer cura que venga nos dirá que el mérito de una sola misa es infinito y puede salvar á la humanidad entera.

¿Pero, y la procesión danzante? Paciencia, que ya llegamos.

Desde la víspera, los peregrinos afluyen á pie ó en carritos. El día de la fiesta los trenes se suceden de diez en diez minutos, llenos hasta los techos de los compartamentos. Pueblos enteros han caminado durante dos días de diez á quince leguas á través de los bosques, durmiendo sobre la hierba. Carros de toda forma y tamaño conducen verdaderas masas humanas: he visto enfermos transportados en carritos tirados por perros. Al final de los caminos se improvisan campamentos. En los vastos lugares desocupados de la antigua abadía se recibe á los pobres, los hombres en una sala, las mujeres en otra; duermen sobre paja y se les da pan y sopa.

En filas interminables se reparten por las calles; cantan como locos en su *patois* a emán monótonas letanias; esto no puede hacer mal y es como un aperitivo para el siguiente día. De sus personas emanaban efluvios especiales que nada de común tienen con la ro-

sa y el jazmín; á un químico yo le hablaría de ácidos litúrgico y valerianico; á los sencillos belgas, de pie de capuchino ó sudor de trapense á fin de verano.

Todos, hombres y mujeres, van vestidos de lana negra; las mujeres, desnuda la cabeza, adornan sus pechos con pequeñas cruces.

La procesión anual trae á Echternach toda una feria: carrousels, tiendas de pan de especie, bazares de objetos diversos y, sobre todo, en todos los rincones se encuentran lo que en Roma se llama sencillamente artículos de religión... Capillitas de todos precios y colores, sagrados corazones de celuloide y tetes de estearina, para exvotos. Cantinas á pleno viento, en las que toneles vacíos hacen de sillas y mesas; barricas de cerveza, montañas de panes negros, de jamón, de huevos duros... ¡Ah, si; comen bien estos peregrinos de San Willibrordo!

Desde la víspera vienen también á instalarse los enfermos, acompañamiento obligado de las ceremonias católicas. En cada rincón de la calle se descubren las llagas purulentas, las narices rojas destilando humores verles—yo pienso en el horrible mendigo de madame Bovary,—los miembros atrofiados, las rodillas podridas de tumores blancos, la armada de eczemas..., la colección completa de los tuberculosos y de los sífilíticos... ¡Por Dios, que San Willibrordo cure todo esto de un golpe de bala, en un momento, que le será bien fácil, pues, según su hagiógrafo, aun antes de nacer hacía ya milagros!

Por fin, el gran día amanece; el sol espléndido brilla; hacia las nueve de la mañana la danza comienza.

Los peregrinos vienen á agruparse del otro lado del puente; y, siempre danzando, atraviesan la ciudad en toda su extensión, repléganse por detrás en una calle paralela, suben danzando la interminable escalera que conduce á la cima de la colina, entran danzando en la iglesia y rodean la tumba de San Willibrordo, viniendo á caer medio muertos sobre el musgo á que los grandes tilos dan sombra. ¡Oh! Esto exige alrededor de dos horas; pero como la cola de la procesión se engruesa á medida que la cabeza se deshace, son ya las tres de la tarde cuando los últimos grupos ocupan sus puestos.

A la cabeza de la procesión marcha el obispo de Luxemburgo, todo recamado de oro, con la mitra y el báculo, soberbio como el sol, como un poderoso escarabajo. Un numeroso clero revestido de blancas sobrepeíllices le acompaña. Andan reposadamente y no danzan nunca... Y todos estos sacerdotes se van regocijando ante la idea de la buena suma que en este día va á caer en sus bolsillos. Bajo las bendiciones que prodiga el obispo, las cabezas se inclinan como las espigas bien llenas mecidas por el viento.

Tras el clero vienen los infantes y las jovencitas, siempre danzando. Por 1,50 francos (no es demasiado), si os veis impedidos de danzar, podéis pagar quien os reemplace, y todo queda arreglado: San Willibrordo se contenta perfectamente. Debía ser un hombre bien alegre.

He visto terminar un negocio de estos: una buena vieja hizo jurar á un joven que bailaría concienzudamente, todo el tiempo, y que no bailaría sino por ella, es decir, que no aceptaría de ninguna otra persona otros treinta sueldos. El juró lo que ella quiso.

Y estos jóvenes se ofrecen á ello con alegre corazón, esto es, de buena voluntad. Esta es una fiesta para ellos. Hace calor, y por esta gimnasia violenta, que dura dos horas, llegan á ponerse rojos como las cerezas, les brota el sudor, están á punto de no poder más, y, sin embargo, bailan siempre.

Muchos, no solamente jóvenes, sino hombres ya de edad, bailan también en mangas de camisa... Durante el baile, algunas almas compusivas les dan á beber grandes vasos de vino ó litros de agua fría, que ellos apuran de un trago. Detrás de los jóvenes, dos filas interminables de peregrinos varones no bailan, pero en cambio, cantan letanías. Después, cinco ó seis de frente, pues las calles son bastante estrechas, llegan las bailarinas (en gran número), y los bailarines separadamente. Ellos en una misma fila—ó ellas—se dan las manos (mediante el pa-

ñuelo) y bailan danzas del país, desconocidas en el nuestro. Hay que advertir que estas danzas sólo tienen lugar el día de la fiesta. Allí hay orquestas que dejan oír sin interrupción hasta la iglesia sus melodías, y desde donde se les contesta tocando al mismo tiempo, pero sin concordancia de ninguna clase, lo que hace temblar de verdad.

Yo os dejo pensar, si esta música quedará en los oídos después del suplicio de estar seis horas oyéndola. Os diré que yo mismo, para pedir el pan en la mesa, no pude hacerlo sin cantar en aquella tonada. ¡Tra... la la la!... Aún la oigo cuando esto escribo.

Advertimos en la procesión algunas gruesas matronas, que para este rudo ejercicio se despojaron de su corsé y que saltaban en su sitio sin atender á las circunstancias... dejando balancear sus senos...; algunas jóvenes de fresca encantadora y arrebatadoras de juventud y de gracia, hicieron lo mismo. ¡Qué lástima que ellas bailen con ellos, y cuántas de ellas serían dignas de tener jóvenes y hermosos caballeros!

Voy á terminar. He visto á una nodriza bailar teniendo en los brazos á su niño... ¡tra la la la!... la la la!... ¡El pobre chico debía estar horriblemente fatigado después de dos horas de danza; la leche batida se había hecho ya mantequilla en el interior del muñeco... en los reservados de la naturaleza, como dijo Marmontel.

Alrededor del cortejo, los guardias, de gran uniforme, mantienen el orden, hacen entrar en fila á los peregrinos que de ellas se desvían, y sostienen bajo sus brazos á los que desfallecen.

Y, sin embargo, á la noche, muchos de ellos tendrán necesidad de ser sostenidos después de haber extinguido en el blanco vino durante todo el día el fuego de sus entrañas. ¡Tra... la la la!...

Al siguiente día por la mañana ofrece la ciudad el aspecto de un campo de batalla abandonado. Los feriantes derriban sus casetas, y planchas y cajas llenas de escombros el lugar. Las pajas del embalaje, los papeles manchados, los desperdicios del jamón, los cascarrones de huevos siembran el pavimento de las tñestertas calles. Sólo entre los huevos y desperdicios del jamón y de las viandas pululan algunos perros famélicos y hambrientos, y allá sobre la escalera de la Basílica, un grupo de curas, radiantes y llenos de júbilo, se entretienen... riendo en alemán á carcajadas. ¡Estos son los malos, éstos son!

¡Tra... la la la!... Tres pasos adelante y dos atrás; esta es la marcha siempre vacilante del progreso, y los buenos espíritus se regocijarán cuando jamás se vuelva á dar dos pasos adelante y tres hacia atrás.

JUAN CHALÓN

De la *Pensée*, de Bruxelles.



Las grandes ideas modernas

Los estudios geológicos han difundido la luz sobre la historia de la formación y sucesivos desenvolvimientos de la tierra. En las piedras y en la capa de la superficie de nuestro globo, que contienen los restos y los despojos de seres organizados en otros tiempos, es donde los geólogos han leído la historia de la tierra, ni más ni menos que la habrían leído en una antigua crónica.

Esta historia pone en evidencia las revoluciones en extremo violentas, pro-

ducidas ora por el fuego, ora por el agua, cuando no por los dos elementos en combinación, por que ha pasado el planeta. La aparición súbita y violenta, en apariencia, de estas revoluciones, ha proporcionado un excelente pretexto al partido ortodoxo, entre los naturalistas, para sostener las existencias de fuerzas sobrenaturales.

Estas revoluciones, dicen, deben haberse producido por el impulso de fuerzas sobrenaturales á fin de preparar la tierra, mediante una serie de transacciones, para la realización de determinados fines.

Si se hubiera realizado una creación periódica para dar lugar á la aparición de nuevas generaciones, la Biblia estaría en lo cierto al afirmar que Dios había proporcionado el diluvio para exterminar al género humano entregado al pecado y para sustituirle por una raza nueva, que construyó las montañas con sus manos, que abrió los mares, creó los organismos, etc.

Pues bien; todas estas ideas de intervención inmediata de fuerza sobrenatural, simplemente inexplicables en el desenvolvimiento histórico de la tierra, quedan reducidas á la nada por los descubrimientos de la ciencia moderna.

Con la misma exactitud matemática que esta ciencia ha reducido los espacios infinitos del cielo, ha penetrado en el pasado de tantos millones de años, y su misterioso velo, á la sombra del cual las religiones y la superstición han prosperado durante tan largos tiempos, ha quedado desvanecida, poniendo de manifiesto, mediante pruebas irrecusables, que los acontecimientos se han realizado siempre en todas partes mediante el único impulso de los medios más sencillos y más naturales.

LUIS BÜCHNER

Malhaya er dinero,
que er dinero es causa
de que los «curianas» se pasen la via
siempre á la que salta.

LIBRO NUEVO

Espejo moral de clérigos

para que los malos se espanten
y los buenos perseveren,

ó SEA

RECOPILACION ESCOGIDA

DE LOS CÉLEBRES Y ODORÍFICOS

Manojos de flores místicas

PUBLICADOS EN "EL MOTIN"

POR

JOSÉ NAKENS

UNA PESETA

"El Motín eclesiástico"

(RESERVADO AL CLERO)

A un fraile y á muchos,
para e los y para otros

Rdo. P. Fr. Antonio del Río,
carmelita descalzo, de Córdoba

Frailecito mío: La boca se le habrá hecho agua al leer este encabezamiento, pensando en que tal ternura podía haber salido de más lindos labios. Y aun quizás le recuerde algún suspiro de esos de medio monja y medio mujercita que en los ejercicios espirituales solitario y á través de las rejas del confesonario suelen dispararse del corazón de las mozas piadosas para clavarse en el sensible corazón de los confesores, que ¡cará...! ¡pel! no son de piedra, sino tiernos como mantequilla que se deshace al menor aumento de temperatura, según el sagrado dicho conventual: «el confesor es fuego, la penitenta estopa; viene el diablo y sopla.» «Estopa» he dicho, y he aquí por dónde me sale un deliciosísimo equívoco, que para sí querrian los autores dramáticos del quid-pro quo. Es el caso que Remv de Gourmont, en su libro *Physique de l'Amour*, describe la pasión virginal del topo-hembra, es decir, la topa, y cómo se mete en el convento subterráneo huyendo del fraile perseguidor, ó sea fray Topo minando la tierra en tal huida. El topo, para acorralarla, hace una mina circular alrededor y en el mismo plano de la topera monjil, y así la sorprende y... ¡usted sabrá lo demás por las costumbres topinescas de los frailes dueños de las entradas y salidas de las toperas. De modo que jamás se ha dicho con más verdad: la monja es-topa cuando el fraile es topo; y es estopa cuando el fraile es fuego; y en ambos casos viene el diablo y sopla, como lo demuestra el P. Valencina en su libro de mística topinológica monástica, en el cual falta este capítulo alegórico.

Viene muy á cuento este exordio, pues quiero tratar del punto de vocación respondiendo á lo que usted me dice en su carta: «por vocación entré, por vocación he salido»; y como quiera que á cualquiera cosa llaman vocación los cueros místicos cuando ejercen de patronas, haciéndose cada llo que ni Dios ni el Diabolo sus inspiradores entienden, por esto debo aclarar esto, desmontando á tan jactanciosos jinetes del burro de su teología trapacera.

Aquí se enzarzan todos los directorios espirituales, fabricando una tela de araña y una red de pescar de mallas elásticas que se encogen para coger los peces pequeños, si los creen apañados para la gula conventual, ó se estiran y ensanchan para dejar pasar los gordos si ven que no les interesan. Así unas veces ponen como señales de vocación ciertos anhelos y facultades espirituales del sujeto con omisión de las circunstancias naturales (hablemos en su jergonza); otras veces al revés y otras á medias. Pero nunca se ha oído decir que haya sido tildada de falsa la vocación de una fulana rica que lleve buen bolso, sean cuales fueren sus antecedentes, sus presentes y sus futuros; ó una moza linda, garrida y de buenas caeras; ó un muchacho listo, guapo y que se deje gobernar por las manipulaciones

monásticas con la gran docilidad predicada por San Ignacio, «como un bastón en manos del petimetre que lo manipule á su gusto». De modo que en la práctica ya tenemos resuelto el problema: en la Iglesia a de Dios como en la del Diabolo, como en el Huerto del Francés, son *lunáticos* y aceptados sin mirarlos los dientes, todos aquellos á quienes los obispos y prelados pueden extraer algún caldo para la olla, y viceversa: si llama á las puertas de la Iglesia un inútil é inexplorable, del cual nada pueda esperarse para la gloria, deleite, honra, pro y satisfacción de su Vientre, Dios excelso de sus beatitudes, ese tal es rechazado y no entra en el convento ni á cañonazos.

No sé que tendría yo para los frailes, pues á fe mía que estuve siempre falto de curvas y escaso de mofletes; sería por esta diablura diabólica que ahora maldicen tan fervorosamente, por lo que me solicitaron y me hicieron carantoñas, los claretis'as primero, los jesuitas después, los carmelitas luego, y por último los benedictinos. ¿Para que me querrian en sus órdenes, si puedo decirles lo que Boileau decía á sus amigos que le excitaban á ir París:

mais, moi, y vre á Paris?
Qu'est-ce-que pourrais-je faire
si je ne sais tromper, ni feindre, ni mentir...

Y por esto que me faltaron las grandes virtudes de la hipocresía, del arte de mentir, seducir, engañar y explotar, por esto no sólo no serví para fraile (lagarto, lagarto!) sino que hube de salir del otro sitio (lagarto y más lagarto!) en donde nada tenía que hacer. Porque me dije: para ladrón, hipócrita, estafador, rastreador, lacayo y lametraseros, para eso me voy al hampa franca y riolera, la hampa esa de la Banca estrafalaria, del mercado político, de la golfería ilustre, cinica y bien portada que tantos amigos y admiradores tiene entre papas, obispos, frailes y monjas de todas cataduras, entre los cuales no va más diferencia sino que los unos dicen en sus regodeos: *Viva Jesús!* bajando la cabeza, y los otros dicen: *Viva la Pepal* alzando la pata.

Me libré de Scila y di de bruceas en Caribdis, por mi mala sombra y por su mala estrella, porque estoy viendo que si, estaba llamado por Dios y desde la eternidad, á esta misión desenfrailadora y desclericalizadora, en cuya empresa el Omnipotente necesitará sacar toda su omnipotencia para preservarme de sus enemigos y míos.

No sentí vocación á fraile; la otra me vino sin querer y me pilló por la espalda y á traición. ¡Alabemos la sabiduría de Dios, que saca bien del mal y que del seno de tan ruin madre ha sacado esta alhaja, libre de toda impureza, incluso de la modestia!

Yo no sentí vocación; al revés, sentía miedo en todo mi cuerpo cuando me sentía sorbido por el aliento del fraile seductor. Y al recordar ahora que andaba siempre entre frailes y que no sabía prescindir de ellos sin embargo de esta fobia, me pregunto la causa psicológica y la hallo en cierto prurito, quizás algo morboso, de cierto sport de domar fieras y de educar víboras, para lo cual se necesita conocer por menor la psicología de tales bestias. Caro me salió el juego, pues llevo cada zarpazo que á monsieur Bidet daría miedo. El trata con fieras selváticas; estas otras

fieras civilizadas son más temibles y más feroces que las otras, pues aquéllas atacan el cuerpo y éstas acechan el alma y envenenan con su aliento perfumado y con sus palabras de sirena hipnotizadora.

¿Dónde diablos sienten la vocación los monjeantes? He aquí una pregunta que aclara por sí sola la dificultad y trae aparejada media respuesta. Fíjese usted, frailecito mío (no se apasione; no soy Sor Margarita ni Teófila, ni otra alguna de las clientas de Valencina), fíjese usted en que la vocación, como todas las facultades psíquicas ó anímicas, necesita y de hecho tiene sus órganos físicos particulares. Y aunque parezca que el alma está toda en todo el cuerpo, según decían los psicólogos de su escuela (el espíritu de vino está todo en el pellejo y en cada una de sus partes, porque donde hay vino allí hay espíritu), que esto sea así tan claramente como tres y dos son seis, que no en vano se ha descubierto hace tiempo que seis y siete son una docena para el fraile al cobrar él; bien que esto del alma sea así, es cierto y positivo y puede usted comprobarlo el día que lleve los santos ó eos á la plaza de toros, que el alma bovina como la del fraile, vive prisionera en la nuca, y que en abriendo allí un agujero con el cachete, hube de la cárcel corporal el alma espiritual, así en el fraile como en el toro, sea de la de orden del duque de Gandía (vulgo jesuitas) ó del marqués de Carriquiri, cuyos frailes bovinos fueron en algún tiempo tan buscados en España como pudieran serlo los mejores predicadores dominicos, cada cual para sus respectivos corrales.

Dele usted cachetazo á un toro ó á un padre abad, en la pata, en la nalga, ó en otro verendo ó reverendo sitio, y el alma seguirá esbrioleando dentro del del cuerpo y aun el abad le largará un baculazo á veces tan temible como una cornada de miura; y Dios libre al torero de la cogida de un abad reverendo no menos que de la del verendo Veraguas (otra orden acreditada en la iglesia tauro-naca); pero en dándole el cachete á la nuca, se acabó el toro y se acabó la rabia abacial.

Quedamos, pues, en que si la nuca es la oficina central telefónica del alma, sus facultades particulares funcionan por medio de órganos particulares. Así el eunuco queda libre de ciertas tentaciones del alma, que se elaboran en ciertos sitios del cuerpo, y arrancándole á uno los ojos, el alma se queda medio ciega.

No resisto la tentación de indicar aquí un medio de hacer efectiva la vocación de fraile y de monja, para librarles de los embarazos aquellos de Lisboa.

Se lo diré en francés, para que no se divulgue el secreto entre los revolucionarios. Es cosa que si la hubiese sabido Orígenes, se habría salvado de la herejía. Hela aquí:

«Les rayons X détruisent l'épithélium seminale du testicule d'une façon irremédiable... Les animaux sont infconds, mais non impuissants... On observe sur l'ovaire des effets analogues.» (Experimentos de Regaud, Nogier y Landon.—Acad. de Scienc. de París, 1909, página 1398.)

El P. Mach y Gury no dejarán de re-

gistrar el procedimiento entre los burladores del matrimonio; era el *desideratum* de Roma: poder hacer fuego sin humo.

Ya ve, amiguito, cómo se están buscando las mañas al alma, al diablo y al espíritu santo trailuno.

Por todo ello, también la vocación del sujeto necesita ciertos órganos.

Por ahí, amiguito, veremos que hay dos clases de vocaciones ó llamadas: una que viene de afuera, como la voz del cielo que dijo á San Luis: «métete á jesuita» y que dice ahora á los revolucionarios: «acabad con los jesuitas». Tales son también las llamadas del confesor, que espera lucirse con la conquista de la moza; tal es la llamada del fraile que espera coger el dote para escaparse luego con su penitenta, como ese de Roma, que llamaba las de fuera del convento para que entrasen á purgarse de los pecados del mundo, y llamaba las de dentro afuera para limpiarlas de la roña de las virtudes conventuales. Tal es la llamada de la madre que espera tomar el chocolate del hijo cura y verse libre de nueras. Son llamadas de fuera, cuyas raíces no hay que ir á buscar al cielo precisamente, sino que suelen terminar en el negocio de los llamadores y con el desbalijamiento del llamado, sobre lo cual puede informar el jesuita P. Rojas, cuya vocación consistió en el amor de la Compañía á sus treinta mil duros, y en habiéndolos cogido le dejaron sin los duros y sin la vocación.

Otras llamadas vienen de dentro del sujeto. Unas parten del poco seso de la cabeza que dice al alma: «Ven al cielo; para venir al cielo sigte á Jesús; para seguir á Jesús vente al convento, en don e aprenderás á ser diablo y medio». Otras veces, la «llamada» parte del estómago, que dice al alma: «Mira qué gordos, rollizos y frescos están los padres y las monjas, sin trabajar, sin necesidad de contar... llévame al comedor del convento... vámonos allá, alma mía...». Otras veces hablan los músculos por conducto de los nervios y ponen este telefonema al alma: «Esto de trabajar es horrible... llévanos al convento, donde se descansa y engorda, y donde los músculos se ven rodeados de riquisima manteca y de sabrosa grasa...». Otras, finalmente (pues sería el cuento de nunca acabar), son los otros, los que llaman, diciendo al alma: «Eso de casarse con una mujer para toda la vida es cosa horrible... Mira el catacaldos del fraile... Hoy con una y mañana con otra... Mira cómo le agasajan y le miman y se enternecen ante él las pavas de Estropajosa, solteras, casadas y viudas. Mira cómo unos y otros se las disputan... Ea, vámonos al refectorio del convento á no pensar en otra cosa...».

Y ahora dígame, Padre, si conoce usted alguna *vocación* procedente de algún otro sitio; y si no, me parece bastante resuelto el problema de la *vocación* misteriosa que tanto enreda á los místicos. Estas son las recetas simples; las hay compuestas, de dos, de tres, de cuatro elementos ó más, con distintas proporciones como los potigues de la botica y como las fórmulas químicas. D^a M^a S^a E^a C^a = vocación de fulano, de zutano y de perengano.

Y heme en el punto práctico de la mediación. ¿Por qué entró usted y por

qué sale? De esto, como del convento, podemos decir: «*prolet seipsum homo antequam de hoc cañice bibat*», porque si mal remedio tiene la entrada, no lo tiene mejor la salida; y si la salida es mala á todo ser, el ríngreso es pésimo á más no poder y mejor fuera que le ahorcasen.

¿A qué fué al convento y á qué regresa al mundo? Perdió la vocación... Es decir, recobró el seso si es que lo había perdido, y por ello se había metido en cabezas monásticas, ó se curó el hambre canina del estómago ó se desparecieron los músculos ó se insubordinaron y entraron en regla los otros y desaparecieron las causas externas.

Si eran razones de fuera, ó algunas razones inferiores de adentro, la cosa se simplifica en teoría y el remedio del mal es sencillo en receta: recobrar la libertad, á trabajar como un hombre, á limpiarse las suciedades de las virtudes monásticas, á conquistar una buena chica capaz de entenderse, y á vivir como Dios manda creciendo y multiplicándose y llenando la tierra, educando los hijos en el servicio de Dios y en el odio á sus marranos enemigos y explotadores. La lucha será brava pero ¿á dónde irá el buey que no aie? Si para vivir la perra vida del fraile se necesita tanta hipocresía, tanta comedia y aguantar tanto zapatazo de los de arriba, tanta dentellada de los de al lado y tanta pejiquera de los de abajo, corriendo además el riesgo de verse hecho un tostón en las garras revolucionarias; si para ser tan poca y tan ruin cosa se necesita pasar tanto, bien se pueden pasar catorce años de trabajo pastoril como Jacob, para lograr una Rebeca, ser hombre cuadrado, vivir dignamente, poder dar cuatro zurras á los rapazuuelos y poder morir santamente en brazos de una esposa ó de una hija, que continúen la vida maldiciendo la maldita frailería. Si esto fuese, ánimo, amiguito; suelte esos trapos á la Bruja Orden, corra á tomar un baño, y viva la Pepa! La Manola ó como se llame y á echar higos al Prior y al Padre Santo de Roma que se morirán de envidia.

Pero si la causa viene de los sesos, por otro nombre llamados *conciencia*, entonces cambia de aspecto y la cosa se complica.

Porque yo necesité siete años de continuo estudio y examen para irne quitando de los cascos hilo por hilo los trapos místico-teológicos, comprobando uno por uno si realmente eran de tal estropajo. Y como cada hilo se llevaba una ilusión y además se llevaba el tesoro de misas, rosarios, ayunos, cruces, jaculatorias, genuflexiones, vie crucis, y demás tesoros de mi vida; pues por cada uno de aquellos hilos había yo echado al aire mis zapatetas y sufrido más manteamientos que don Quijote por su Dulcinea; excuso decir que sacar un hilo era peor que sacarme una muela y era como si me tirasen de un nervio sensibilísimo y que me lo arrancasen con el mayor dolor. Y el hilo más doloroso, ¿sabe cual fué? El que terminaba con la bola del infierno. ¡Oh, Dios, y cuánto sufría al ver que me quitaba del cerebro el tesoro del infierno! ¿Con qué—me decía—ahora va á resultar que todos esos pillastres jesuitas y esos obispos-apaches que tantas me han hecho y á quienes soporté en paciencia para tener el placer de verlos

ardiendo como condenados; ahora esos tios ladrones van á escaparse de este infierno en que yo los estaba viendo, y aquí no ha pasado nada y no he de tener indemnización de tales agravios? Yo que no les rompí la crisma porque esperaba que Dios cumpliera la palabra de machacársela. El por mí, ahora me salen con que fui necio en no rompérsela?...

Y lube menester reflexionar lo inútil de mi rabietta y aun la ruindad de tales sentimientos, reflexionando que también estos instintos malos eran hilos del estropajo clerical, para resignarme á pasar porque se suprimiese de mi calete el infierno, del que yo estaba medio seguro de librarme y en el cual estaba seguro de ver á tan guapas gentecillas.

Y una vez quitada la paja y el polvo católico-místico de mi cabeza, sentí vacío el cráneo y perdí el sentido de la orientación universal. Sin saber qué pito tocar en este fandango de la vida, y lo que era peor, harto de libros que tanto me habían engañado, y sin saber á dónde preguntar. Esta situación era peor que la de antes. El vacío cerebral es tan malo como el vacío exterior; éste empuja al abismo, aquél es llevado de acá para allá como ampolla de jabón que en todas partes se estrella y revienta para volver á hincharse y volver á estrellarse.

¡Oh, la conciencia! Estar acostumbrado á llevar conciencia y de repente sentirse sin ella, guardando sólo conciencia de haberla tenido y de no tenerla... esto es horrible!

Yo triunfé en este punto, no sin gran trabajo, metiendo nuevos hilos bien analizados por el ácido y por el fuego para no volverme á encontrar con lo de antes. Y el día que concluí esta labor y me dije: «ya veo... ya sé dónde estoy... allí está el camino», sentí la gran felicidad de un nuevo nacimiento á una vida adorable en sus mismos defectos y santa más en sus vicios que en sus virtudes... y aquí me tiene usted, alegre como un ruiseñor, faltándome sólo las consabidas mil libras de renta que me robó la Iglesia al robarme la juventud en que debí ganárlas y que procuraré sacarle de las entrañas como ella las sacó de las mías.

Si esta receta que me curó á mí le sirve á usted, ahí tiene la fórmula: *piensa y resuelve*. Pensar todo lo necesario y resolver con decisión. Y el que no tenga alientos para pasar la mar, no se embarque, pues de fijo que se mareará y habrán de echarle al agua.

Con esto pongo punto final á este escrito que el viento llevará á monjas y frailes; ojalá sea el polen que fecunde sus almas estériles y dé alas á su cuerpo para saltar las tapias del convento y la barrera del toril.

S. PEY ORPHEX

**CIENCIA
Y RELIGION**
POR
MALVERT

85 grabados.—Precio: 1 peseta.

IMPRENTA DOMINGO BLANCO - LIBERTAD, 31